

2022

TAN LEJOS
TAN CERCA

ESCRITOS DE LOS JUEVES

TALLER HETERÓNIMOS

2022

TAN LEJOS, TAN CERCA

Escritos del taller de los jueves

Heterónimos

Tan lejos, tan cerca: escritos del taller de los jueves / Gabriela Manzzi
... [et al.];

prólogo de Nicolás Hochman. - 1a ed - San Fernando: Heterónimos,
2022

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga.

ISBN 978-987-28115-6-3

1. Literatura. 2. Talleres Literarios. I. Manzzi, Gabriela II. Hochman,
Nicolás, prólogo.

CDD A860

Edición: Jorge Carballo Madrigal, Cynthia Callegari.

Corrección: Alberto Staniscia, Adriana Parada, Jorge Gómez.

taller.heteronimos@gmail.com

heteronimos.com.ar

Este libro reúne textos trabajados a lo largo de 2021 en el grupo
de los jueves del Taller Heterónimos, coordinado por Nicolás
Hochman.



TALLER HETERÓNIMOS

ÍNDICE

No vale la pena Nicolás Hochman.....	5
Los zapatos italianos Gabriela Manzzi.....	7
El regalo Silvia Paredes.....	11
El control Damián Estanciero.....	18
Yo recuerdo Diana Weyland.....	25
La cabeza caída levemente hacia la izquierda Daniel Agustín Hassan.....	29
La cruz Silvia Finocchietto.....	34
Eleonor Santiago Quispe.....	41
Postal hondureña Jorge Carballo Madrigal.....	47
Sección de recomendados de la revista Necromicón Brian Szejnblum.....	53
A oscuras Mónica Irena Álvarez.....	56
A destiempo Alberto Staniscia.....	61
Al rescate de Eros Adriana Parada.....	72
Por la boca, por los pies, por las manos Cynthia Callegari.....	76
La espera Samantha Rojchman.....	81
En la ruta Fernanda Cooperstein.....	86

NO VALE LA PENA

Para algunas personas la literatura es algo serio. Un compromiso. Algo a sostener como sea, sin importar el malestar o el drama que eso pueda acarrear. Vale la pena, se dice, que así sea. Pero eso no pasa en el taller de los jueves, donde por alguna razón no hay pena que valga. Lo que hay es esfuerzo. Vale el esfuerzo, digamos. Y ganas, y una predisposición muy clara para que la literatura quede exenta de formas rígidas, grandilocuencias, virtuosismos, morales moralizantes. Es un espacio donde la literatura funciona como excusa para leer y escribir, para juntarse a charlar, para analizar los textos de otros y devolver algo que implique poner el cuerpo todas las semanas. Con franqueza, con generosidad, con alegría, a veces con un poco de picante. Y con la confianza de ser parte de un grupo que aloja sin dejar que nadie se sienta del todo cómodo.

Hace doce años que coordino el Taller Heterónimos, pero recién ahora, por primera vez, propuse que hiciéramos una antología. Con una condición: que los que trabajaran fueran los propios autores. Que además de escribir se pusieran de acuerdo en qué cuentos incluir, con qué criterio, en qué orden, de qué manera. Que se repartieran las tareas para editar, corregir y diseñar. Que atravesaran algunas de las instancias que implica publicar ficción, para muchos por primera vez. Que la antología se convirtiera en una posibilidad más, en un ejercicio grupal, en un desafío, en otra forma de la incomodidad.

El resultado es desparejo, heterogéneo, indisimulable en las diferencias que lo constituyen. Y está bien que así sea. Es, de hecho, la única posibilidad de que una antología aporte algo, que sea rica y

enriquecedora. Una antología homogénea y pareja hablaría mal de todos nosotros, de cómo el paso del tiempo y la convivencia nos va volviendo simbióticos, robotitos que repiten un modelo, que buscan imitar un estilo o una respiración. Eso acá no pasa. Lo que pasa es una muestra de empeño, una búsqueda de resultados inciertos, la demostración de un camino andado que recién empieza, y que no hace sino mostrar amor por la palabra, un deseo de decir, de compartir, de llegar a otra parte. En definitiva: eso que hace que una historia empiece en un lugar y termine en otro, porque hay un elemento que la moviliza. Eso a lo que llamamos literatura.

Nicolás Hochman
Abril de 2022

LOS ZAPATOS ITALIANOS

Gabriela Manzzi

Me desperté aturdida, confusa, sin saber muy bien dónde estaba despertando. Tardé unos segundos en reconocer el techo de mi habitación, en darme cuenta de que despertaba en mi casa. Cuando bajé los pies de la cama tropecé con un par de zapatos. Eran unos stiletos negros de taco fino y muy alto que había comprado hacía unos años en Italia. Me quedé un rato largo mirándolos, no recordaba haberlos usado en mucho tiempo. Cerca, estaba el par de botas que estaba segura de haberme sacado antes de acostarme. Quedé desconcertada.

Le eché la culpa al cansancio. Venía de doce horas de avión, recién llegada de un viaje que creía haber emprendido para encontrar respuestas y del que volví llena de preguntas. Confié en que los zapatos italianos no estuvieran allí a mi vuelta del baño y que fueran la parte final del último sueño antes de despertar. Pero no. Seguían allí, en el mismo lugar donde los había pisado. Me senté en la cama y los contemplé. El primer recuerdo que apareció como un fogonazo fue Daniel. A él le gustaban muchísimo esos zapatos y solía decirme con una media sonrisa y una mirada pícaro: dale, ponete los italianos.

No fue en un viaje con Daniel que compré esos zapatos. De hecho casi no había viajado con él. Los compré en Turín y fueron un capricho, porque eran caros y yo no andaba holgada de dinero en ese momento. Pero, presa de una pulsión por las compras que nunca había tenido ni volví a tener, entré y los compré sin la más mínima culpa. Cada vez que Daniel me pedía que me los pusiera, yo recordaba aquel momento de rebeldía como una pequeña victoria sobre mi férrea voluntad de

mantener todo en orden y no salirme un poco de la raya. Guardé los zapatos en la caja donde estaban hacía tiempo y de donde no tenía idea cómo habían salido.

Al día siguiente cuando salí de la ducha me los encontré esperándome debajo de la pileta del baño. Uno al lado del otro, con las puntas ligeramente enfrentadas, como en un gesto de espera. Me senté en el piso y me empecé a preguntar si no me estaba volviendo loca. Eso me dio risa y le volví a echar la culpa al cansancio. Me quedé observándolos con más atención. Yo suelo apreciar en la ropa o en el calzado, detalles que no se ven. Que sólo pueden ser disfrutados por uno mismo. El forro delicado de algún abrigo, las costuras internas de alguna camisa de seda, el toque de color del último botón que casi nunca se ve, un respunte o un dobladillo terminado con delicadeza. Los zapatos tenían una plantilla dorada que siempre me había gustado.

Esa noche soñé con Daniel y me desperté llorando sentada en medio de mi cama. No recordaba claramente el sueño, apenas la presencia de Daniel. Caí en la cuenta de todos los años que hacía que no lo veía y no sabía nada de él. Me angustió saber que no tenía forma de localizarlo: no tenía un número de teléfono, una dirección o un correo electrónico. Me dormí pensando en la posibilidad de "googlearlo" o incluso buscarlo en Facebook, aunque no lo creía capaz de tener uno. A la mañana me levanté con la firme decisión de buscar una vieja agenda donde creía tener el número telefónico de la casa de su madre. No lo encontré, pero tampoco creo que me hubiera animado a llamar.

Los zapatos italianos siguieron apareciendo cualquier día y en cualquier lugar de la casa. Tanto me acostumbré a su presencia que esperaba llegar a casa para ver a dónde me iban a sorprender. No volví a pensar que estaba enloqueciendo. El día que me los choqué debajo de la mesa mientras cenaba, decidí no guardarlos y por primera vez volví a ponérmelos. Caminé por la casa y volví a sentir la mirada de Daniel recorriendo mis piernas.

Dos días después me puse un vestido negro que me hacía buena figura

y terminaba antes de la rodilla y me subí a los zapatos, como quien se sube a un taxi con un destino concreto. Terminé en la vereda del bar El Argentino. Un lugar tanguero, de muebles oscuros y paredes con fileteados; con ese aire tan porteño difícil de encontrar fuera de Buenos Aires. Entré decidida. O los decididos fueron mis zapatos. No lo reconocí, pero ellos sí, porque me condujeron a una mesa a mitad del salón, contra la pared. Él tampoco pareció reconocerme, pero miró con atención mis zapatos y subió por mis piernas con una mirada pícara y una media sonrisa hasta encontrarse con mis ojos.

María Gabriela Manzzi nació en Mar del Plata en 1969. Estudió medicina en la UNLP y se especializó en anatomía patológica. Desde el año 2005 vive en Puerto Madryn junto a su familia. No recuerda desde cuándo escribe, pero hasta hace pocos años guardaba todo en un cajón sin mostrárselo a nadie. Tímida hasta el tuétano, tuvo que vencer barreras propias para empezar a participar de algún taller. Fue integrante del taller virtual de texto breve de Sandra Russo, de Lengua de Lava y de Espacio Enjambre. La pandemia y la distancia le brindaron la posibilidad de vincularse, de modo virtual, con gente que jamás hubiera conocido en épocas de la presencialidad. Así llegó al taller de los jueves, donde aún se siente la nueva mientras disfruta, semana tras semana, del talento de sus compañeros. Sigue buscando la voz narrativa que la haga merecedora de un lugar a la altura de quienes la acompañan.

EL REGALO

Silvia Paredes

Ya son las dos de la tarde, no es buena hora para iniciar un recorrido pero sí para terminarlo. Cuando empecé a buscar casa hace un mes decidí no ceder al fastidio, al disgusto que por lo general me gana cuando asumo un proyecto de lo que sea. Cierro la puerta, escucho al camión que se aleja. Adentro quedamos Adela, el Chino, un desorden amontonado y yo.

—Hija, ya estamos en la casa nueva ¿Te pone contenta?

—No.

Le he hablado sin intención de escucharla. Me desplomo sobre la única silla desocupada, apoyo la frente sobre la palma cerrada. Es un gesto que han tenido conmigo algunas maestras, algunas amigas, algunas enfermeras, algunas madres. Y me ha curado. Abuso de esa confianza cuando relajo el peso de mi cabeza y dejo que los nervios de otra persona me sostengan. Si los tendones ajenos no aflojan, yo aprovecho. Eso hago.

Pero mi mano hoy no soporta este agotamiento. Descanso mejor en un quejido sostenido y ronco que acompaño cerrando los párpados.

Adela tiene diez años, no conoce a su papá. Yo lo conozco apenas, sólo vivimos juntos unos meses. Un breve tiempo donde no coincidieron porque Adela nació casi medio año después de su partida. —No está en mis planes, tengo proyectos, dijo.

Sería bueno que todo lo que se aleja de mí desapareciera tan

claramente como este camión, de una manera rotunda, tan perceptible como escuchar el motor que se enciende, acelera, avanza y desaparece. Hay veces en que el recuerdo de aquellos días hace ruido en las tripas.

Adela corre y el Chino la persigue ladrando. Le hablo casi sin volumen. Evito confrontar y le doy la razón.

—A mí tampoco. La verdad es que nadie puede sentirse bien en este caos.

Tengo que abrir los ojos y decidir el siguiente paso. Antes recorro mentalmente el nuevo comedor, necesito medio metro cuadrado donde apoyar dos vasos y unos sanguches fríos, pero aún no incorporo las nuevas coordenadas para poder organizarme.

Imposible resolver sin ver, me recompongo, miro. Lo primero que aparece es el regalo. Otra vez necesito las manos. Sujetando mis mandíbulas, con los brazos apretados en el pecho dirijo mi atención hacia otro frente.

—¿Me ayudás a desocupar un poco?

Esta vez sí busco que la voz de Adela me despeje. No me contesta.

Vuelvo a mirar y otra vez el regalo, el horrible florero de vidrio con piedras blancas en el fondo y cinco flores de totora erguidas. Los tallos tienen aproximadamente dos metros de alto. Vinieron en el primer viaje. Entre dos hombres jóvenes, el porteador y uno que se adelantó para despejar el camino, llevaron la silueta, siempre vertical, por el breve itinerario hasta su entronización. Quedaron como una línea gruesa que parte al medio la pared, una pared que de tan blanca y vacía le otorga al ramo un tratamiento especial inmerecido. Sagradas.

Llevamos quince o veinte minutos aquí y me cuesta empezar, mala traza para comenzar otra etapa de mi vida.

Estoy incómoda, siento que las varas nos observan. Las pocas veces que pasé por al lado las miré de reojo, quiero hacer como que no existen. No puedo. Son vigías que nos controlan de manera poco sutil.

—Alzá tu mochila, tu campera, tus cosas, y llevéalas al dormitorio, despejemos un poco.

Mi cabeza termina apoyada de costado sobre un mínimo espacio, disputado al revoltijo de cosas que quedan al borde de la mesa, casi por caer.

Las cajas mal apiladas, los muebles arrinconados, objetos que irán encontrando un uso y otros que nunca tendrán una razón en esta casa. Y Adela, el Chino y yo, “tres almas vacilantes” completamos este nuevo universo donde lo único que parece haber encontrado el lugar ideal es el regalo.

Adela y el perro van y vienen. Entran y salen de mi plano visual sin que mis pupilas se muevan, provocan una curiosa perpendicularidad entre mi mirada absorta y sus corridas.

Recuerdo el pomposo acto que armó ayer la Tina, mi madre, para entregarnos el obsequio-legado.

—Adelita esto no se toca, ¿sabés? Es un regalo que les da la Tina para la casita nueva.

Adela me mira esperando que conteste por ella. Hasta ahora maneja las incumbencias propias de cada edad sin suspicacias, mi mamá lo hace de una manera flexible según le convenga. Interrumpo y aprovecho para aclarar que la casa nueva es chica pero la decisión es definitiva.

—La “casa” nueva, Tina. Parece que nos fuéramos a vivir a la cucha del Chino.

—Es una forma de decir nena. Todavía no entiendo por qué se van, acá estamos cómodas. Nos hacemos compañía.

–Ya te expliqué Tina. Igual gracias por las totoras.

Cuando mi madre me vio embalar nuestras cosas entendió por fin que nos mudábamos. En un gesto de prepotencia nos regaló este ramo de flores secas remarcando mi incapacidad para mantener viva una planta. Nunca oculta sus dudas sobre mis aptitudes. Observando las comidas que preparo la escucho decir ¿Cómo puede ser tan sana esta niña? Se lo pregunta a ella misma en voz alta, pero mirándome a mí.

Ha pasado casi medio hora. Con esfuerzo logro romper el estado de hipnosis que me provocan los pabilos. Giro buscando una heladerita de camping que tiene nuestro almuerzo y no tengo idea de donde quedó.

–No corran Adela, esperá que levante algunas cosas, es peligroso para vos y para el perro.

Siento el ruido aspamentoso del vidrio rompiéndose contra el piso. Tardo un segundo en darme vuelta. Ahora el temor es certeza.

Como una bola de nervios, chiquita, urgente, Adela pega un salto y se incorpora. Convertida en un ser ágil e impredecible, se mueve acompañando las decisiones con instinto animal, toma con su garra uno de los penachos y haciendo un arco en el aire le asienta un sablazo en el lomo al perro que había quedado paralizado. No alcanzo a entender la secuencia.

–¡Nooo! ¡Nooo! ¡Parááá! ¡Adela paráááá!!

Todo sucede en un mismo instante, pero mi hija, el perro y yo transitamos distintos espacios temporales. Estoy entumecida. El Chino corre. Adela procede desfasada de mi entendimiento.

Hace magia. Rompe con lo ordinario, con lo previsible de esta historia. Transforma el tallo desflecado en una varita mágica y su primer acto es ralentizar el tiempo.

La flor, por decirle de alguna manera, ese cilindro de quince centímetros sin gracia, esa protuberancia en forma de tubo atravesada por un palillo grueso, técnicamente explota al estrellarse contra el animal. Hay semillas con forma de pelusas dispersas por todo el comedor. Livianitas se mueven en cámara lenta. La brisa que viene de afuera apenas mueve la cortina, es el impulso justo que necesitan los miles de algodoncitos que inician un viaje elíptico, suben, quedan suspendidas, nos miran, se reflejan en mis lágrimas y, como seducidas por la luz del sol, atraviesan el resplandor y muchas se enredan en la tela, otras se estrellan contra el vidrio, algunas escapan.

Los saltos del perro que intenta morder lo que cree son insectos volando me alertan, y el grito de Adela invadiendo el escenario termina con el hechizo.

—¡Perro de mierda!

—Parááá Adela por favor! ¡por favor te lo pido!

—La Tina se va a re calentar, mamá.

—Fue un accidente

—Se va a re calentar. Como vos cuando te tiró el papel de diario que estabas mojando, que era para una artesanía, que le dijiste que no te tire nada sin preguntar. Te re enojaste.

—Pensé que ni te acordabas de eso.

Las dos nos acordamos de eso y de otras veces en que nosotras nos indignábamos y la Tina seguía como si nada. Decidía por nosotras y nos tragábamos la bronca, nos quedábamos calladas o apenas podíamos decir algo que era como decir nada.

Me siento en el piso a mirar los pedazos del florero, pienso que debería buscar una escoba que tampoco sé dónde está, pero de algún modo tengo que barrer este desastre porque mi hija, el perro y yo, seguimos en peligro.

—Te quedás Chino, soy tu dueña y me tenés que hacer caso.

Adela lo sujeta fuerte transformando el gesto en su cara. Aprieta los dientes con la mandíbula inferior adelantada levantando la pera mientras le vuelve a pegar, jugando con cada vara que logra sujetar. Me saco la remera sucia, transpirada, hago un bollo para barrer los vidrios, las piedras, y junto lo que se pueda juntar.

Los amontoño en un rincón donde no molesten ni hagan daño. Sigue la bulla pero vuelve la calma.

No sé qué hora es mientras comemos. Me levanto, le doy lo que sobra al Chino, que me agradece siempre cualquier sustento.

Vacíó a medias una caja, sólo rescato hojas en blanco, dos revistas de costura, unas bolsitas con semillas. Queda casi llena con los escombros.

Dejé varias bolsas con basura en la vereda de la otra casa y me invade la urgencia por descartar lo que no necesitamos. Una remera sucia, vasitos descartables, piedritas, vidrios, un poco de nuestra mansedumbre. Al menos algo de lo que quise dejar atrás y se había venido con nosotros, ahora ya no existe.

Silvia Paredes está orgullosa de haber nacido en mayo, un mes emblemático para la humanidad. Trata de compensar la carga de ser caballo de fuego en el horóscopo chino a través de la escritura, escribiendo cuentos cortos y algunos poemas. Lo único constante en su vida es la incomodidad que le provoca permanecer mucho tiempo en un mismo lugar. Tuvo tres hijos, lee obsesivamente y evita aceptar recomendaciones. Siempre optó por alejarse de las matemáticas. Incursionó en distintas carreras que prontamente abandonó, sintiendo cada vez que traicionaba la tenacidad propia de los taurinos. Incurre ocasionalmente en el delirio auto propuesto de escribir una novela, donde despunta la vertiente auto referencial. Noctámbula, agradecida de los placeres vanos, actualmente sigue con pasión los designios de su carta natal, y continuará haciéndolo, hasta el hastío, o por poco tiempo más.

EL CONTROL

Damián Estanciero

Todo está oscuro, Lisandro se levanta y pisa una porción de pizza que ya es parte del decorado. Abre la puerta del dormitorio, esquiva unas bolsas de basura y entra al baño. El baño y el dormitorio son su hábitat, su territorio, lo demás está invadido por una selva de bolsas de basura y una fauna de insectos. Toma un poco de agua, evita el espejo y sale. El hilo de luz que entra por la hendidura de la persiana del que alguna vez fuera un living, le hace darse cuenta que es de día. Prende un sahumero como todos los días, para que los vecinos no se quejen del hedor de la basura. Escucha voces en el palier y como un insecto más de esa fauna, asustado, se vuelve a encerrar en el cuarto. Alguien golpea la puerta, pero en el cuarto se siente seguro, cómodo en su incomodidad. Prende el calentador y pone la pava, la cocina también está tomada por la basura. Remueve la yerba seca del mate y al segundo sorbo, siente que solo toma agua caliente.

Se tira en la cama y trata de dormir. Dormir es no pensar, es dejar transcurrir el tiempo sin angustia. Lo que fue como persona, hoy es una película vieja en su cabeza.

El portero eléctrico suena por unos minutos hasta callarse. Lisandro se despierta y, al mismo tiempo, vuelve a la realidad.

Se levanta y prende el celular para ver la hora. Son las siete y media de la tarde, tiene un montón de llamadas perdidas y mensajes de su madre, pero no quiere leer, ni contestar. Hacerlo sería volver al presente. Aislarse lo hace sentir seguro, no tiene que interpretar ningún papel ante los otros. Abre el cajón y ya no queda nada de cocaína. Llama al

Rengo, le ofrece el televisor y aunque primero lo rechaza, luego de lloriquearle con toda el alma, el Rengo accede. La cita es a las 9.

El Rengo Miguel es una línea que le quedó de otra época, cuando se sentía un ser humano, cuando tenía una vida aparentemente normal, como los que pueden afrontarla. Se lo presentaron en un asado y desde ese día se volvió un familiar más para Lisandro. Los encuentros pasaron de ser de una vez cada quince días a verlo todos los días. Cuando se quedó sin trabajo y se acabó la plata, su ropa, muebles y objetos preciados, pasaron a ser moneda de cambio. Por eso no le gusta pensar, se siente sucio, se da asco. Inventó enfermedades que padecía su madre, se tomó el trabajo de averiguar remedios para dichas enfermedades y poder lograr una lástima que le provea un poco de plata. Su madre tuvo que cambiar la cerradura de su casa, cansada de que le robara hasta los pocos recuerdos familiares que le quedaban para venderlos.

El Rengo debe su apodo a un tiroteo que tuvo con la policía, una vez que le reventaron la casa en la villa de Pelliza, en Olivos. Lisandro lo detesta con todo su ser, pero más odia tener que llamarlo y sentir que lo tiene en su poder. Posee lo que lo invade de vértigo, adrenalina y subir a esa mierda que después termina haciéndolo vomitar dolor, angustia, arrepintiéndose y rezándole a Dios hasta que el sueño le gana.

Mira el celular, son las 8:27, el tiempo no pasa más, le transpiran las manos. Camina por el cuarto, levanta apenas un poco la persiana y mira por las hendijas. Vuelve a chequear el teléfono, 8:33. Ya casi no puede pensar, es todo compulsión. Acerca una silla a la ventana para poder ver la calle, pero no viene. Aunque sabe que falta para la hora que acordaron, igual está ansioso. Siente una electricidad en todo el cuerpo. Mira el celular otra vez, ya son las 8:42, falta menos. Desenchufa la tele y enrolla el cable. Para apaciguar la espera, toma un trago de la petaca de vodka que le fió de mala manera Rubén, el quiosquero. Rubén todavía le guarda afecto porque Lisandro le regaló toda su colección de la revista El Gráfico desde 1975, heredada de su padre y una camiseta del Beto Alonso, autografiada. Eso le permitió a Lisandro varios meses

de bonanza en el quiosco, pero ya la cara de Rubén cuando lo ve no es la misma.

Son las 9 y el Rengo no llega. Le manda un mensaje y le clava el visto. Lo llama y el Rengo le corta. Camina, toma otro trago de vodka, mira por la ventana buscando el auto del Rengo, un Duna rojo, pero no lo ve.

Abre la puerta sigilosamente, vuelve a sentirse un insecto, camina hacia el baño y entra. No prende la luz, la oscuridad le da cobijo. Sale y ve un papel que asoma por debajo de la puerta de entrada al departamento. Es otra nota de su madre, siempre con el mismo detalle, las gotas de sus lágrimas dejando ilegibles algunas palabras.

9:07 y, esta vez, Lisandro le manda un audio manipulador, diciendo que le diga cuánto le falta porque se tenía que ir, pero no surte efecto. El Rengo sabe que hasta que no lo vea, no se va a ir a ninguna parte. Con sólo ver su aspecto dejado, sucio y con las manos temblantes, sabe que Lisandro no tiene nada que lo urja más que verlo a él.

Le clava el visto. Ya son las 9:10 y está todo transpirado. Aunque quiera sentarse a mirar por la ventana, ya no puede. Camina y repite como un mantra, ya va a venir, ya va a venir.

Lo detesta, si pudiera matarlo lo haría, pero muy despacio. Quiere verlo sufrir, que sienta la muerte como un aliciente ante tanto dolor, como Lisandro espera su polvo blanco. Primero quiere que le pida perdón por humillarlo tanto, por no respetarlo. Le gustaría sacarle esa pata de palo sucia que tiene y obligarlo a caminar sin ella o jugar a la rayuela por su vida. Tiene que sentir que es un pobre rengu y lo único que le da valor a su vida es la merca. Pero también Lisandro sabe que es un cobarde sin valor y, lo que es peor, sabe que si lo mata se queda sin dealer.

Pasaron cinco minutos desde que miró el teléfono, pero esta vez es distinto, tiene un mensaje del Rengo. Le avisa que en diez minutos llega, el odio se le va repentinamente. Lisandro le agradece no sólo en un audio sino hasta con su postura corporal. Toma otro trago, acomoda de

vuelta la tele, pero se guarda el control remoto. Se lo va a ofrecer aparte, para que le dé un poco más, total del control nunca se habló. Mientras lo piensa, se siente un ganador.

Los diez minutos ya son trece y cuando el odio vuelve a invadirlo, vibra el teléfono con un mensaje del Rengo avisándole que está en la esquina estacionado.

Se pone una remera que alguna vez fue roja. Agarra la tele y cierra la puerta. Cuando está por bajar las escaleras, se acuerda del control y vuelve. Entra y no lo encuentra, levanta la ropa del piso, pateo restos de comida y no aparece. El celular vuelve a vibrar, es otro mensaje del Rengo.

–APURATE QUE ME TENGO QUE IR, NO TENGO TODA LA NOCHE PARA PERDER CON VOS

Lisandro lo desprecia, los ojos se le inyectan de odio, se empieza a desesperar y cuando lo da por perdido, ve el control arriba de la cama.

Cierra la puerta y baja rápido. Se acerca al Duna y el Rengo, con una sonrisa, le pide que meta el televisor y lo apoye en el asiento de atrás. No estaba solo, había una chica en el asiento del acompañante. A Lisandro lo único que le importa en ese momento, es lo que tiene que darle, pero el Rengo se le queda mirándolo y le dice:

–Falta el control, mostro.

–Si querés el control tirame un poco más, Miguel, no te pongas la gorra -retruca Lisandro.

–¿Vos quién te creés que sos?, dejá, quedátelo, sacá el televisor del auto y tomátelas.

–Miguel, por favor, no me podés hacer esto.

–Fisura asquerosa, no me hagás perder el tiempo.

De solo pensar que se va y que se queda sin eso, lo hace desesperar. Así

desesperar. Casi con lágrimas en los ojos, Lisandro le ruega perdón.

–No te enojés Miguel, tomá el control, me equivoqué.

El Rengo lo mira fijo y le clava una daga en su autoestima.

–Te hacés el poronga y después terminás llorando.

Cruza miradas con la chica y ambos se ríen de él. Perdiendo toda su dignidad, le vuelve a pedir perdón, esta vez de rodillas, ofreciendo el control con la cabeza gacha en forma de sumisión.

El Rengo le da la bolsa y mientras arranca el auto, Lisandro le agradece gritando.

Mira la bolsa y entra rápido. Sólo pasó un rato desde que se fue el Rengo y un par de rayas le hacen sentir la adrenalina subiendo por su cuerpo. Se siente poderoso, excitado, una euforia sin límites.

Las horas pasan como las líneas en su mesa y el odio hacia el Rengo brota de sus entrañas. Tiene ganas de llamarlo, decirle que venga, cagarlo a trompadas y quedarse con la chica que estaba. De sólo pensar en que lo vea cogiendo en su cara, un fuego le quema el pecho y le da felicidad.

Ya no tiene idea de qué hora es, solo escucha los pajaritos cantando y le despiertan la ira. Mira el teléfono y envalentonado le manda un audio al Rengo descargando todo su veneno.

–Rengo, ¿quién te pensás que sos? Te hacés el malo porque estás con una mina. ¿No te das cuenta que sos un inválido de mierda? Vení que te cago a trompadas, te cojo la mina y me tomo toda tu merca, rengo gil.

Deja el teléfono y sigue gritando solo. Mientras lo espera mirando por la ventana. Vuelve a mandarle un mensaje de audio.

–¡Rengo, sos un cagón! ¡No tenés huevos para venir! ¡Te voy a matar, rengo gil!

Los pajaritos se hacen escuchar más fuerte, la luz invade tenuemente el cuarto y cierra del todo la persiana. Se toma el último trago de vodka, ya no queda nada. La angustia y el miedo se apoderan de todo su ser. Se mete en la cama y se tapa todo. El sonido del portero eléctrico de fondo sonando le da escalofríos. Tiene miedo, llora. Imagina que es el Rengo y le causa pánico. Mira el teléfono y le manda un mensaje pidiéndole disculpas.

—Miguel, vos sabés que te quiero y te respeto. Estoy muy arrepentido de haberte faltado el respeto. Sos como mi hermano mayor para mí, perdoname de verdad. Que Dios te bendiga a vos y a esa chica que estaba en el auto.

De fondo se escuchan voces que tocan la puerta del departamento.

Empieza a transpirar, tiembla del miedo, quiere rezar, pero el tiriteo de los dientes no lo dejan. Los golpes en la puerta son cada vez más fuertes, aunque ya no discierne si es su corazón galopando en su pecho o la puerta, le vuelve a mandar otro mensaje al Rengo.

—Miguel, por favor, perdoname, vos sos una persona increíble, yo no sé qué haría sin vos. Andá a dormir tranquilo, fue un error, mañana voy a tener una atención para vos y para esa chica a modo de disculpas.

Un ruido fuerte de fondo lo estremece, las voces están más cerca. El pánico lo invade, tiembla y balbucea perdón. Ahora la puerta que tocan es la de su cuarto. Intenta rezar, transpira. Se abre la puerta y grita pidiendo piedad, que no lo va a hacer más. Su madre, dos policías y un médico entran. Forcejea, pero es inútil. Mientras lo meten en una ambulancia, su madre trata de calmarlo diciéndole en el oído,

—Todo terminó.

Damián Estanciero nació el 4 de marzo de 1972, año en el que sucedieron bastantes hechos históricos: la tragedia de los Andes, el regreso de Perón a la Argentina y el estreno de la película "El Padrino". Es Productor de televisión, guionista de humor, buscavidas y tiene el récord de fundir cuatro fábricas de zapatos por caminar la calle. Tiene un gran apego a los fracasos. Es miembro de una familia afroamericana descendiente de esclavos, oriundos de Cabo Verde, África, instalada en Santiago del Estero. Creció en Olivos y fue adoptado por el barrio de Saavedra. Es padre de un hijo. Se unió al taller de los jueves porque se dio cuenta de que le gustaba y servía más escribir que pagarle a su terapeuta.

YO RECUERDO

Diana Weyland

Querida Elisa: hace ya tres días que me llegó la noticia, bueno, no me llegó a mí, la publicaron en tu Facebook. Pienso que la posteó tu hija, la que no cree.

Ayer, como de costumbre fui al lago a nadar. Cuando, de espaldas, volví mi cara hacia el cielo, una pareja de bandurrias se apartaban de un dron indiscreto. El agua ya estaba un poco más fría, dos grados menos. Se nota la falta de sol. Me dio la sensación de que estaba más espesa, de que corría con más lentitud hacia el embudo que forma antes de correr y desembocar en nuestro querido arroyo que tantos tumultos forma en primavera. Las bandurrias volaron hacia allí, quizás iniciando su camino hacia climas más cálidos. ¿Recuerdas los musgos, los líquenes que se resisten a dejarse arrastrar por la corriente? ¿Recuerdas las notas, los acordes que canta el agua al seguir los vericuetos de su cauce, al chocar contra las piedras, las más grandes, las más pequeñas, los guijarros, las ramas de los sauces que indolentes se dejan acariciar? ¿Recuerdas el olor del agua? ¿El olor de las piedras secas?

—Las piedras no huelen, me dijiste.

Allí, a unos metros, cerca de la muralla que oculta el campamento del ejército y más allá de la usina, sepultamos a tu yegua una mañana de otoño.

Cerca de uno de sus meandros enterramos nuestras miserias de un pasado que deseábamos abandonar, de una vida que no era la nuestra.

Sí, aprendiste a oler las piedras.

Cuando las aves desaparecieron, quizás espantadas por una bandada de cachañas que nos aturdieron con sus gritos, busqué con los pies el fondo del lago para iniciar el camino hacia la playa, frente a la casilla de los guardavidas. Tropecé y me sumergí en el agua fría. Es más difícil levantarse cuando el terreno es desparejo y el agua no nos sostiene. Tu lo sabes, lo veías desde la costa unas veces. Otras por experiencia propia.

Salí del agua titubeando, caminé hacia las sillas. Una para mí y la otra vacía. Me senté, aproveché el calor de los últimos rayos del sol.

Un grupo de macáes plateados nadaban muy lejos, siempre tan ariscos. Alcancé los prismáticos, eran nueve. Se mantenían en su lugar, en el medio del lago, solo movidos por el oleaje que al atardecer levanta el viento. Ellos nunca nadarán en el arroyo. No migrarán. No olvidan, no recuerdan. No tienen qué olvidar, ni qué recordar porque no migran.

En la costa, miro cómo un niño tira piedras a un perro, un viejo cliente que disfruta al bucearlas. Las saca del agua y las deposita con mucho cuidado unas sobre otras.

El sol, ya muy débil, se escapa detrás de la montaña, como un animal que se esconde asustado.

Tengo frío, recojo la ropa, las sillas, las guardo en el auto. Tomo un anotador y te copio este mensaje que no voy a mandar.

Camino hacia el arroyo, rompo el escrito en mil pedazos y lo desparramo en la corriente. Sé que llegará a un lago inmenso, muy profundo. Corro, camino, corro, y llego a este lago grande, donde arriba nuestra senda.

Me sumerjo.

Las bandurrias me alcanzan y se pierden en el horizonte.

¿Recuerdas? Yo no quiero olvidar.

Porque cuando yo olvide, cuando tu hija no postee más en tu Facebook, estarás muerta.

Diana Weyland nació migrante. La foto de una beba en brazos de su madre, embarcada en un velero, es el primer testimonio de su existencia en este mundo. Vivió en Buenos Aires, mucho en el campo, largas temporadas en el mar uruguayo y más tarde, en Manhattan, California, Salzburgo, Berlín. Su vida transcurrió entre la filosofía –al psicoanálisis lo dejó por inconsistente con su conciencia moral– y la psicología cognitiva. Nunca dejó la convivencia con la naturaleza, que la hizo feliz. Hace algo más de una década que se dedica con entusiasmo a la observación y fotografía de aves, viajando por los lugares dónde ellas anidan, migran o viven. Escucha sus sonidos, ve sus colores, siente en su piel el viento, el agua. Vive algunos meses en Bariloche y otros, salteados, en Buenos Aires. Escribe. Dice que no necesita nada más."

LA CABEZA CAÍDA LEVEMENTE HACIA LA IZQUIERDA

Daniel Agustín Hassan

Sonó el timbre y enseguida la abuela abrió la puerta. Andrés y Lito entraron. Les corrió las sillas para que se sienten. Lito agradeció, pero ella no hizo caso, tenía los ojos cristalinos y de la boca le colgaba un hilito de baba. Lito mordió una galletita que estaba sobre la mesa y la escupió.

- ¿Por qué escupís, Lito?
- Está salada.
- Tragala.
- ¡Está salada!
- Feliz cumpleaños, mamá.

La abuela asintió automáticamente desde la cocina, revisó la torta que tenía en el horno y puso a calentar agua para el té. Lito quiso jugar al Minecraft, pero tenía el bloqueo parental activado. Puteó, agarró otra galletita y la trituro en el puño. Andrés lo agarró del brazo.

- Es el cumpleaños de la abuela.
- ¿Qué es ese olor?
- Saludala.
- Feliz cumple, abu –gritó Lito.

La abuela asintió otra vez, tenía los ojos cerrados y la boca muy abierta. Justo cuando la tetera comenzaba a largar un vaporcito, apagó el fuego y se agachó a buscar tres tazas. Cuando volvió a la mesa, Lito pudo ver por primera vez las prótesis subcutáneas. La abuela se había sometido a un tratamiento de biohacking para tratar el ELA. Le instalaron sobre sus

huesos unas prótesis de metal para mejorar y guiar sus movimientos. Después de la operación, sus brazos y sus piernas volvieron a tener la fuerza de una joven de veinte años. Lito vio las luces de las prótesis titilando como un celular con muchas notificaciones debajo de su piel verde-transparente. La abuela se llevó una galletita a la boca que quedó flotando entre sus labios y cayó sobre su regazo. Después agarró la taza de té, cruzó las piernas y se recostó en la silla.

—¿Cómo estás mamá? —preguntó Andrés.

La abuela asintió varias veces y volvió a su estado de rigidez.

—Yo estoy bien, un poco preocupado por la situación monetaria. Perdón que te traiga estos problemas justo en el día de tu cumpleaños, pero me echaron de la empresa y Salvio me dijo que el nuevo software de contabilidad es más eficiente. Se me hace difícil pagar el alquiler y yo sé que con tu pensión vos estás tranquila.

Andrés tenía los ojos humedecidos y se refregaba las manos sobre el pantalón. Era la tercera vez que le pedía plata, y en su cumpleaños. Qué vergüenza. La abuela lo interrumpió levantando una mano frente a su cara y corrió hasta el horno.

—Hay algo raro en la abuela —dijo Lito.

—Te conté lo de las prótesis, no empieces ahora —respondió Andrés de mala gana.

—Sí, eso está genial. Brilla. Es otra cosa, tiene un olor raro —dijo—. Parece una zombi.

La abuela volvió con la torta y comenzó a cortarla sobre la mesa. Tenía los ojos cerrados cuando sirvió las porciones. Un poco de baba chorreó sobre el pedazo de Lito.

—¿Vos no comés, mamá? —preguntó Andrés.

La abuela hizo un gestito de negación y se pasó la mano sobre el estómago mostrando que estaba cuidándose la figura. Cortó otro par de pedazos que dejó al costado.

–Ves que entiende lo que le digo –le susurró Andrés a Lito.

–Sí, pero.

–Muy rica la torta. Vainilla, ¿no?

Cuando la abuela se sentó, los huesos de la rodilla le crujieron, pero no hizo ni un gesto de dolor. Andrés terminó su pedazo de torta y volvió a hablar.

–Me siento muy avergonzado, mamá. Últimamente estuve pidiéndote demasiado, pero con la operación pareciera como si hubieses rejuvenecido. Seguro tenés varios buenos años por delante.

–¿Hay olor a podrido? –lo interrumpió Lito.

–Basta –dijo Andrés y lo tironeó de la remera.

La abuela asintió y la cabeza se le cayó un poco para adelante. Se quedó congelada en esa posición. Tenía el cuerpo rígido, las manos relajadas sobre las piernas y la cabeza levemente hacia la izquierda como si se hubiese desmayado.

–¿Abuela, estás bien? –preguntó Lito.

De pronto se levantó y caminó a toda velocidad hasta el perchero donde colgaba su cartera. Escarbó dentro hasta sacar un fajo de billetes para Andrés. Todavía tenía la cabeza caída hacia la izquierda.

–Gracias, mamá –dijo.

Ella acarició a Andrés y pellizcó con suavidad el cachete de Lito. Sus manos estaban heladas. Se quedó así parada unos instantes. Ahora tenía un ojo cerrado y el otro entreabierto. Fue hasta la puerta e hizo un gesto como para que se vayan. Andrés y Lito salieron al pasillo. Los

despidió agitando la mano enérgicamente. Ahora la cabeza le colgaba del lado derecho.

—¿La abuela está muerta? —preguntó Lito.

—No, cómo va a estar muerta si cobra la jubilación.

Daniel Hassan nació en la ciudad de Posadas, Provincia de Misiones. Estudió en Buenos Aires donde se graduó de Licenciado en Periodismo en la Universidad del Salvador y de músico en la Escuela de Música Contemporánea. Participa del taller de Heterónimos coordinado por Nicolás Hochman. También ha participado de los talleres literarios de Alberto Laiseca, Santiago Craig, Gabriela Bejerman, entre otros. Está trabajando en una novela de ciencia ficción.

LA CRUZ

Silvia Finocchietto

El hombre camina por la vereda de la sombra en línea recta. Los pasos largos, la mirada baja, las manos en los bolsillos de la campera. Camina con los hombros alzados, la boca una mueca torva, los ojos una línea de bronca. Cada paso apura el tranco. La voy a matar, piensa. La voy a matar. No le cabe otro pensamiento, la tensión no afloja, la mano tensa en el bolsillo sintiendo el mango de la faca, casi una caricia. Te voy a matar, puta. Solo piensa en Paula en el zanjón, arrumada con otro tipo mientras él se pudría en la celda, día tras día. Camina en línea recta.

Paula sale lentamente del baño. Demora en peinarse, la cara triste. Ya sabe que el Negro se le viene. Se lo imagina caminando con esos pasos largos, las manos en los bolsillos, la mirada errada, la boca torcida de insultos, ciego. Ni siquiera llora. Acaricia la pequeña cruz en el cuello, sale al zaguán. Y el Negro llega e hinca.

Paula no se resiste, siente el hierro en el pecho. Tampoco se resiste a la muerte. Si no era hoy, iba a ser mañana. El Negro no era violento con ella, solo le exigía sumisión, pero le era fácil porque lo quiere, no sale sola, ni mira a nadie más.

En los últimos minutos que quedan piensa en él, la mirada del Negro, sus ojos llenos de deseo que era su propio deseo. Quien podrá quererte como yo te quiero. Se le dispara un recuerdo.

Condenado por riña a tres años efectivos de prisión porque no era su primer delito, el Negro Saucedo cumple la pena en un pabellón donde predominan las tensiones, casi siempre por cosas sin importancia; los

cruces en los pasillos, en el patio o el comedor de la cárcel, eran ocasión para que nacieran las rivalidades, para llenarse la cabeza unos a otros con chismes de traiciones de amigos y familias, cuentos sobre infidelidades de sus mujeres, toda noticia que llegaba de afuera se descifraba como una verdad indiscutible.

Amedrentada por la violencia escondida que ejercía Saucedo, las visitas de Paula a la prisión se volvieron un tormento. Ante la burla y el silencio de los guardias cárceles, la torturaba arrinconándola, aterrorizándola, la llenaba de moretones con pellizcos, apretones, los ojos llenos de deseo de muerte.

No fue más, se alejó. Como ahora se aleja su vida lentamente, presa en una vorágine de recuerdos que se agolpan como mariposas en sus ojos, que como giros de baile terminan enroscadas en una música que solo ella puede oír.

El Negro Saucedo nunca había matado, mientras se aleja de la casa de Paula corriendo, escondiéndose, sorteando las vías, el vómito le atora la garganta, quiere morir, podría haber muerto ahí. Se recuesta en la pared de un depósito, a metros de los rieles, jadeando. Saucedo se acuerda del Paco Solís, su compañero de celda, y de que fue él quien le mintió de Paula en la cárcel. Se había confiado.

El Paco Solís había matado a su mujer porque creyó que le era infiel. Fue, la buscó y la mató. "...La maté porque era mía..." repetía obsesivamente mientras infectaba de rabia a quien quisiera escuchar sus historias, y del odio, odio y violencia hacia las mujeres. Y un día en el comedor del presidio, ahí donde todas las mentiras se vuelven verdad y la violencia aflora, le dijo de Paula. Y el Negro se prendió, y tras días de escuchar ese odio ajeno, se contagió la bronca.

Ahora, aterrado, pegado al cemento de ese muro bajo la lluvia, se siente acorralado, repasa su vida y pide perdón. Nunca más volverá, grita y llora, y sus alaridos lo aturden.

Cómo la pude matar, se repite. La violencia le anuda el pecho y le clava una punzada feroz, como la faca que minutos antes penetró en ese otro cuerpo que ya añora. No sabe cómo controlar la angustia que lo devora, no ve a nadie y empieza a caminar por las vías bajo la lluvia torrencial, sacudido por el llanto y la congoja. Escucha el pitido de un tren lejano y lo busca, desea que llegue, que arrase con él, que ponga fin con su muerte al dolor y al pánico que la otra muerte le provoca. Camina ciego, a los gritos y levantando los brazos va al encuentro de esa mole de hierro que terminará con el recuerdo del espanto en los ojos de Paula.

Las sirenas de las ambulancias y de la policía alertaron al barrio. Los vecinos contaron a los agentes que el Negro se fue para el lado de las vías. De un auto negro se bajaron los inspectores Juan Sierra y Ana Holmes. Llegó también la unidad de la policía Forense y armó su carpa para el procedimiento habitual.

Ana piensa que el cuerpo habla. Participa en las autopsias porque entiende que hay detalles que a menudo no se toman en cuenta y que son útiles para conformar el perfil de la víctima: ¿el cabello sucio, limpio, recién lavado?; la vestimenta: moderna, nueva, usada, muy o poco usada, de telas suaves o rústicas; joyas, adornos o baratijas, zapatos, zapatillas, cuero o símil. Los detalles dan los indicios, puede deducirse el carácter, la forma de vida, cómo sienten el amor y el sexo, el odio, saber si el miedo los acosaba.

El cuerpo de Paula era leve, liviano y breve. Cuerpo de trabajo, desgastado. Esas manchas que denotan golpes antiguos, hematomas para recordar. Alguna quebradura vieja mal soldada en el antebrazo. Le da entre 30 y 35 años.

La ropa sencilla, un vestido tipo Liberty, de los 70, ropa usada en buen estado, empapada de sangre. Chatitas bajas, el cabello recogido en la nuca con una goma azul. La cara de bellas facciones, bien latina. Ana la observó atentamente, en una ceja una cicatriz reciente, corte suturado. Detrás de la oreja otra sutura de dos centímetros, la idea de la violencia previa va tomando cuerpo en la investigación.

En el barrio les informaron que hacía tiempo que estaba sola, y que el Negro Prado había salido corriendo momentos después de escucharse gritos.

Recorre la habitación, prolija y limpia, las estanterías con adornos de cerámica y portarretratos, una mesa, cuatro sillas con almohadones, el cobertor de la cama color azul vibrante. Algunos cuadros y las cortinas en las ventanas dan calidez a la vivienda. Abre las puertas del ropero, el aroma a lavanda la perturba. De un lado, zapatillas de moda y ropa de hombre relativamente nueva, relativamente actual.

Pide que traigan a la hermana de Paula para la identificación, y los antecedentes del Negro Saucedo.

Le comunican un accidente en la cercanía, en las vías del tren, con resultado muerte, a unas veinte cuadras. Lo informan porque coinciden los datos del masculino cuyos antecedentes había solicitado. Sorpresa, pensó Ana Holmes, y decide ir al lugar donde ya están trabajando los bomberos y la Forense.

Ana se acerca venciendo su aversión a los cuerpos destrozados y, mientras la ponen al tanto, evalúa la situación. Comienza a recorrer el lugar, pero no encuentra elementos intactos que pudieran servir a la investigación, no hay otras huellas que las del muerto y resuelve recorrer el camino inverso mientras se pueda distinguir. La lluvia continua, copiosa. A unos veinte metros, pegado al muro de cemento, encuentra un cuchillo ensangrentado. Saca unas fotos del recorrido, y del elemento encontrado, lo recoge en una bolsa de evidencia y regresa donde están los investigadores que le informan que el hombre fue identificado como Guzmán Saucedo, y que en el lugar se había encontrado una billetera destrozada con documentación del occiso.

El técnico que conducía la formación de trenes había prestado declaración y hecho saber que el hombre venía corriendo por las vías gritando con los brazos en alto, como demente, y había enfrentado el tren.

El forense caratula la muerte como suicidio. Se tomó testimonial a los vecinos de la cuadra donde vivía Paula, a los comerciantes de cercanía y se buscaron antecedentes en la departamental de la zona.

Los testimonios y las versiones que corren por el barrio la inducen a pensar que Paula y Guzmán formaban una pareja consolidada desde hacía unos años, que ella era una mujer sumisa, sometida a los caprichos de él, y que había habido incidentes previos de violencia aun cuando nunca fueron denunciados por gritos, corridas y golpes dentro de la vivienda.

Los hechos asocian la muerte de ambos. Si bien nadie había visto al Negro entrar y permanecer en la casa, su huida había sido observada. Para la noche tendría el resultado del Cuerpo Médico Forense sobre el cuchillo y en los próximos días deberán recoger testimonios de la prisión donde había cumplido la última sentencia, no solo del compañero de celda, sino también de internos que compartían la mesa de almuerzo y otros que caminaban el patio con el occiso.

Todavía no encuentra cómo superar la tensión entre los hechos comprobados y la falta de un resultado que satisfaga a la sociedad, pero logra armar un relato hilado con todos los antecedentes. Hay dos muertos, una víctima y un suicida, piensa Ana, pero no hay un culpable. Recopilando los hechos comprobados y los testimonios, se cuestiona si puede afirmar que hay un solo culpable.

¿El suicidio puede tomarse como una confesión? Este interrogante la induce a ver el hecho desde la mente del criminal. El profesor Mondrian explicaba en sus clases que el asesino es dominado por un orgullo extremo y despiadado; para no sufrir se transforma en un autómata que no puede controlar sus impulsos y actúa en forma irracional. Y cuando todo termina, a menudo solo le queda la culpa y la expiación.

Por la tarde le informan que el cuchillo tiene las huellas de Guzmán Saucedo, el Negro, y que la sangre se corresponde con la de Paula. El misterio ahora está superado por los hechos. Ya nada es abstracto ni es

necesaria una reconstrucción; el crimen tuvo un cierre, aunque no sea el triunfo de la ley ni de la investigación, concluye Ana en su informe. Piensa que hay casos en los que la relación íntima entre víctima y asesino teje una trama tan densa que la investigación se cierra con una hipótesis y que los detalles quedan para siempre en las mentes de la víctima y del asesino muerto.

Entrada la noche llama el médico de autopsias. Le informa que cuando pudieron abrir la mano del occiso Guzmán Saucedo, apretaba una cruz de metal y su cadena.

"De los que del rencor participaron, unos tendrán perdón y otros castigo." Shakespeare, se dijo Ana, mientras cerraba la puerta del auto.

Silvia Finocchietto ejerció la docencia universitaria y la profesión de abogada en la ciudad de Corrientes y posteriormente en Buenos Aires. Tras treinta años, cansada de perseguir a la señora de los ojos vendados y a caballeros de toga y birrete, asistió a la Escuela de Fotografía Creativa de Andy Goldstein y a cursos de arte en el MNBA. Cuando su cabeza se pobló de imágenes y necesitó más palabras, recurrió a clases de filosofía, literatura, poesía y cuento en el CCRR. En la actualidad participa en Talleres de Lectura y de Narrativa, integrando el espacio de Heterónimos desde hace un año.

ELEONOR

Santiago Quispe

En casa nunca dejaron de esperarme

Mamá no pudo con mi imagen. Mi hermana estaba en su cuarto preparando la tarea y se asustó al escuchar el llanto de mamá. Despertó a papá que estaba tomando la siesta. Bajaron los dos las escaleras, tropezaron los dos con la misma mesita. Perdí el equilibrio. Caí. Papá se apresuró a levantarme, mamá a preocuparse. Dictaminó que estaba débil, que me hacía falta su comida. Quisieron saber dónde me quedaba, quisieron que almorzara con ellos, que los abrazara, que les mostrara mis manos. Estuve en casa y mamá dejó de tener ojeras, estuve en casa y papá retomó sus caminatas y volvió a subir a la elíptica. Mi hermana mayor me abrazaba cada tanto y todo estaba bien.

A mis compañeros de trabajo les daba por invitarme a sus reuniones y almuerzos. Yo intuía sus intenciones y no les advertía, solo me negaba, hasta que conocí a Eleonor. Algo se desprendió, se alejó por momentos. Eran mal vistos mis poemas en el colegio, estaba mal para las profesoras que una mujer desee a otra mujer. Y aprendí a reprimir mis sentimientos, y aprendí a dormir con la luz apagada, así como aprendí a dibujar una sonrisa.

Mamá tuvo que luchar contra mi frugalidad. Cada día me veía más delgada y la única cura que conocía para ello era cenar, y cenaba. Buena charla con el viejo que agarraba forma, mi hermana también le daba a los ejercicios, estaba esbelta y saludable y me agarraba a almohadazos con los cojines de la sala. Salía poco, me quedaba en mi cuarto pensando en Eleonor.

Eleonor, la luna resaltaba sus imperfecciones, como su nariz achatada,

y sus pestañas insuficientes, era bella. Volví a los poemas, me sentía culpable. Estaba mal, así me lo enseñaron. Asomaba mi deseo por su pecho, mi curiosidad por sus axilas. Eleonor estudiaba en el instituto de la Arequipa y era practicante en el hotel que yo administraba. Trataba de alejarme de ella, para no delatarme quizás, para que no advirtiera que me moría, como pueden decir todas las jóvenes en voz alta menos yo.

Eleonor tenía una manera especial de mirar las cosas, les daba una importancia que creían no merecer. A veces bastaba con que acomodara una silla que estaba un poco chueca para que uno pudiese ver un pedacito del alma de Eleonor. Venía para consultarme: Y ahora qué hago. La mandaba a repartir las invitaciones para el concierto de medianoche. Eleonor crecía como una sonata, quedaba la melodía aún cuando ya no estaba la música.

Puedo salir una hora antes. Voy a verme con unos amigos y ya terminé de repartir las partes.

—Sí puedes.

Sacaba provecho de mi permisividad, mi jefe me lo hizo saber.

Ya no más permisos. Y cuando venía Eleonor, tenía que decirle que no, cuando me moría por decirle que sí.

Eleonor al siguiente mes llegó en falda, advertí con ello el verano.

En Barranco la encontré, era una tocada, una casona. Cantaba una amiga del instituto. Compré una cerveza. Me quemaba la nuca. Volví y ahí estaba.

En el trabajo hicimos como si no nos hubiésemos visto.

Seguía pesando cuarenta kilos, mamá se angustiaba porque a pesar de su comida no subía de peso. Se sentaba conmigo en la cena, me servía una ración generosa *Ya no puedo más. Hazlo por mí.* Y era inútil.

Eleonor llegó un martes con el cabello corto y una vincha.

"Te gusto así". La cara me hirvió, pero pude dominarme.

Casi de espaldas: Sí, se te ve muy bien.

No olvido su olor de aquella noche de luna nueva, no olvido sus botines negros puntiagudos y pequeños ni sus pantis transparentes.

Pasados tres meses nos asignaron el mismo horario para la cena. La escuchaba hablar de todos los chicos que la cortejaban.

Quedamos para almorzar un jueves de verano. El lugar, silencioso. Era nítida su voz. No necesitaba levantar la mano, el mozo llegaba en el momento preciso para servir más vino. Eleonor hablaba y hablaba, yo escuchaba y me quedaba callada.

–“En quién piensas tanto”

En ti, pero lo dije callando.

Antes de salir al restaurante, fue toda una pesadilla escoger si vestido o unos jeans. Mucho se dice con la ropa. Yo no sabía qué decirle. Si me ponía mi mejor chaqueta con una falda en vez de un jean, qué habría querido decir.

En la cena Eleonor jugaba con su comida, hacía dar vueltas innecesarias a los raviolos. Yo me perdía en el movimiento de sus muñecas, en su destreza para no salpicar la salsa al olivo Y cuando se llevaba el tenedor a la boca, la abría la medida exacta, a medio bostezo. Y entraba el raviol y cerraba los ojos. Yo también los cerraba.

Eleonor se demoró con cada raviol, aunque tampoco es que hubiesen sido muchos, venían contados, e hizo con sus gestos que cada uno valiera. Jugaba a pincharlo, daba siempre en el centro de aquel escurridizo rectángulo y se lo llevaba a la boca. Yo me demoraba con el pan al ajo. Me quemaban los párpados. Sabía que sí levantaba la mirada ahí iba estar ella. Y estuvo.

Me perdí algunas noches, regresaba tarde, mis padres esperaban angustiados. Por un momento pensé que preferían mantenerme encerrada. Mamá insistía en que asistiera a un especialista No le gustaban mis sueños y obsesiones. Latía su pecho cuando no volvía. Mirando la tele con mamá, un aire frío recorrió mi espalda. No quise entristecerla y accedí a su pedido.

La terapia empezó en abril. En mis primeras visitas hablé de mis temores, de cómo siempre imaginé la muerte de mis padres.

Pasadas unas semanas hablé de una visión recurrente que tenía. Papá acuchillándome el amanecer de un jueves. Cómo me perturbaba esa visión. Cómo sufrí con la partida de mi hermana, la menor. Me hizo hablar del distanciamiento de mi familia. Luego, entendí que no importaba por qué me alejé, importaba mi regreso, y en eso debíamos trabajar.

Le conté los detalles al doctor. Cómo llegué a la fiesta agradecida de que no hubiese vals ni nada parecido, recuerdo que le dije a Eleonor. Me falta el aire. Salí al balcón. Me alcanzaron un vaso con agua cuando regresé al grupo de Eleonor. Solo veía la nariz de Antonio, que se había portado muy mal toda la fiesta con Eleonor. Había insistido de mala manera para que bailara con él. Después, ya borracho, quiso besarla. Yo solo me enfocaba en su nariz. Todo fue rápido, entrecortado. Le metí un puñete a Antonio. Dijo que me trataría como el hombre que nunca llegaría a ser. Sentí mi cabeza rebotar contra el suelo. Sentí una punta en el estómago, luego la punta se repitió y repitió. Me levanté, pero volví a caer. Eleonor lloraba. Todo eso lo había generado ella y no era así. Todo era por culpa de Antonio que no sabía aceptar un no, y mía porque creía que Eleonor había venido como mi acompañante.

Nuevo jefe en otoño, también gustaba de Eleonor. Creo que para todos estaba claro que me gustaba. Nos alejó en el trabajo, no nos hacía coincidir a la hora de los descansos, ni en el horario de la cena. La cambió de área, estaba más lejos que nunca de Eleonor, que a veces, dejaba su puesto en recepción para contarme cuál nuevo chico se había fijado en ella.

Llevé trabajo extra a casa. Terminé de madrugada. Amanecí resfriada. Camino al trabajo se me doblaban las piernas. Estaba sudada. Llamé a Eleonor. Me senté en la vereda. Eleonor me subió a un taxi y me llevó al hospital. Le hice prometer que no contaría nada a mis padres, que debía cubrirme. Esa fiebre me hizo faltar una semana al trabajo. Lo bueno era que Eleonor me visitaba. Y me preparaba para responderle, si es que lo

hacía, o porque creí que lo haría
"Por qué me llamaste a mí". Pero no lo hizo.

Yo había rentado un cuarto cerca del trabajo, en el cual hacía turnos cada vez más complicados. Salía muy tarde y por eso volví a dejar mi casa, aunque siempre mamá estaba llamándome, y me pedía que los visite los fines de semana.

Una mañana de invierno me llegó la respuesta a una solicitud de una beca, para estudiar una maestría en la capital. Me abriría ante Eleonor, le mostraría mis sentimientos. Tenía miedo, pero más me aterraba ese silencio.

Llamé a Eleonor para que viniera a almorzar el fin de semana. Vino con su novio. La presencia de su chico me hizo sentir ridícula, insignificante. Ese día preparé té para los tres. Eleonor no dejó de mirarme, no dejó, casi, puedo decir, de retarme con los ojos. Pero ella lo comprendería después, al menos, eso quería pensar.

Yo tenía que partir en menos de una semana. Cité a Eleonor en una cafetería. Me hablaba de su novio, era su mecanismo de defensa ante cualquier insinuación mía, pero a su vez se delataba estirando su cuello, como queriendo acercar su oído a una palabra anhelada. Sentada al otro lado de la mesa, me permití sostenerle la mirada, me permití inclusive tomar sus manos cálidas que no me rechazaron. Debía decir algo, no sabía qué, en todo caso, faltaba tan poco.

Que bella eres Eleonor.

Máximo Santiago Quispe Pumacahua nació en 1982 en Piura, Perú. Estudió ingeniería Civil en la Universidad Ricardo Palma y se especializó en construcción de edificios multifamiliares. Lo que más recuerda de esa intensa temporada laboral, es el trato con los maestros, albañiles y obreros. También recuerda que podía dormir en el descanso del mediodía sobre todo tipo de insumo, temple piedra arena, en fin. Ahora abocado a la escritura, como si tuviese, dice, afinidad con tentar el fracaso como el flaco lindo de Ribeiro.

POSTAL HONDUREÑA

Jorge Carballo Madrigal

Sucedió temprano, bien temprano. Cuando recién se hacía el día. Golpearon la puerta del padre Ronulfo con ganas, con ganas en serio: la tumbaron y dejaron tirada ahí, alzando polvo del suelo. Desde el cuarto del sacerdote se escucharon unas llantas que rascaron la calle y se fueron, se alejaron hasta mezclarse con el silencio.

–Muchacho, ¿tienes hambre?, ¿quieres comer algo? Vente nomás al albergue que te damos. Somos gente buena. Vente, párate mijo. Ándale, no tengas pena. No más ayúdame tantito con estas bolsas que parece que traen piedras y no doy más. ¿Cómo te llamas?

–Manuel, Manuel Gutiérrez, don.

–Mucho gusto, Manuel. Yo soy el padre Ronulfo.

Lo había visto varias veces ya. A pesar de ser un pueblo inundado de inmigrantes nuevos todos los días, Ronulfo había podido encontrárselo y reconocerlo en sus salidas de amparo a esa masa incontenible de caminantes que parecía infinita, como un manantial de gente que sale de la tierra de sus países, al sur de la frontera mexicana. Primero descartó ayudarlo por joven, condición, entre las pocas disponibles para los migrantes, ventajosa. No se puede ayudar a todos cuando lo que hay para dar es tan poco. Pero después de varios encuentros en las calles del pueblo, que en realidad era de mero paso porque no había nada para hacer, cambió de opinión. Ronulfo sabía que si alguien se quedaba por mucho tiempo era porque no había más dinero y eso buscaban los narcos: una mula.

A la mesa llegó un plato hondo de plástico, cargado con una sopa de verduras y unas humildes presencias de carne. La sopa estaba humeante.

—Mira, aquí te traigo, cuidado te quemas. Está riquísima, se hace con cariño.

—Gracias, padre. —dijo el joven que comenzó a soplar la sopa.

—Oye Manuel, ¿y tienes hermanos?

—Sí, dos hermanos y una hermana chiquitilla. Yo soy el más grande.

—¿Y ellos se quedaron con tu mamá?

—No, con mi agüela Lara, en Tegus. Mi mamá se fue no sé a dónde. Esa nunca nos quiso mucho.

—¿Y tu papá?

—A ese no lo conoce nadie. Ni sé cómo se llama. Allá no hay mucho para uno, padre. Todo está jodido, hay mucha pobreza, mucha hambre... Por eso me fui, dicen que en los Estados sí hay trabajo, y que es bien bonito, dicen. ¿Conoce usted, padre?

—Come que se te enfría la sopa, muchacho.

Manuel empezó a comer. Quién sabe cuántos días pasaron desde su última comida decente. La boca y la lengua sufrían el calor de la sopa pero el hambre lo hacía comer como por obligación, por instinto. Cuando llegó al fondo del plato, Manuel agradeció y dijo que estaba muy rica. Después le preguntó al religioso dónde podía lavar el plato.

—Allá al fondo, mira. No hace falta, pero si quieres hacerlo no te lo voy a impedir. Ándale, lávalo.

El muchacho se perdió por el umbral que separaba el comedor de la cocina. Su cuerpo partió al medio la cortina de abalorios que colgaba hasta casi tocar el piso, dejando apenas columpiándose algunos de sus hilos. Ronulfo se quedó en su silla, sin moverse, escuchando cómo allá en el fondo de la cocina el agua intentaba sacarle al plato la grasa y el sabor a sopa.

—Ya sabes, pues, vuelve cuando quieras, Manuel Gutiérrez. Cuando necesites, vente nomás, que las puertas están abiertas hasta el día que

el de arriba me dé fuerzas para tenerlas abiertas.

—Está bien, padre, gracias. Ahora a seguir —su voz se interrumpió para ponerse un salveque— que me queda rato en la caminada.

—Ándale. Cuídate, Manuel. Que Dios te acompañe.

—A usted también, padre. —Y el muchacho comenzó a andar por la calle maquillada de polvo, bajo el sol de la tarde que le alargaba la sombra.

Pasaron días. Inmigrantes por el albergue del padre Ronulfo, también. Todos buscaban lo mismo, escapaban de lo mismo. Miseria, hambre, violencia, muerte. Casi todos hombres; jefes de familia o muchachos jóvenes, algunos casi niños, queriendo conseguir una vida diferente a la que les había tocado. También pasaron familias incompletas; con hijos pequeños, callaban porque no sabían hablar, miraban todo con ojos enormes que guardan para siempre en el último rincón de la memoria, el único equipaje que traían.

—¡Manuel, Manuel Gutiérrez, qué alegría de verte! Vente, entra nomás que estamos por poner la mesa. ¿Tienes hambre? ¿Te gustaría darte una ducha antes de cenar? Justo ayer conseguí una ropa bien padre que de seguro te queda. Pásale mijo, que hay confianza. Pásale, pásale.

—Bueno. Gracias, padre.

Manuel bajó la mirada y entró a la casa que funcionaba como albergue para migrantes, más por los empujones del anfitrión que por voluntad propia. Apenas pudo mirar a Ronulfo en la penumbra de la tarde. Una vergüenza le pesaba a pesar de no tener salveque.

—Estás en tu casa, muchacho.

En las mesas eran varios. Familias escandalosas que gritaban con diferentes acentos. Granos de arroz que se caían de los platos, vasos que transpiraban el frío dado por los hielos opacos, cucharas que chocaban contra el fondo floreado de los platos de plástico. Alguien puso una ranchera, todos gritaron y rieron. Varios cantaron a pesar de venir de países diferentes; se abrazaron. Al fondo de una de las mesas, Manuel cenaba en silencio, tratando de no estar ahí. La mirada clavada

en el plato como si la comida lo hipnotizara, completamente ajeno al remedo de alegría que había entrado esa noche al albergue.

—¿Qué te pasaba anoche, Manuel? Te vi como triste. ¿Estás bien?

—Nada, padre. Ya estoy mejor. Pasa que a veces uno se acuerda de la familia, y le da algo como aquí, como en el pecho; ya despuesito, despuesito se me pasa.

Los moretones en la cara de Manuel ya eran más evidentes. Con la luz del día saltaron también otras marcas en su cuerpo, pero Ronulfo no dijo nada.

—Pos es tristeza, eso que sientes es la mera tristeza. Y sí, al rato se te pasa. No te preocupes. Mira, justo estoy por ir a rezar, ¿no quieres venir?

—No, padre. Yo estoy pensando más bien en irme. Supuestamente iba a estar llegando a la frontera la otra semana y mire apenas donde estoy.

Una pequeña mueca de decepción se hizo en la cara del muchacho. Ambos se quedaron sin palabras. Un rato después Ronulfo le dijo que lo entendía. Le dijo también que quería darle unas cosas para su viaje: le dio dos tortillas, un aguacate, una lata de sardinas y una botella de agua.

—No es mucho pero es bendito.

—Es bendito, padre. Gracias.

—Y ten mucho cuidado cuando te subas a La bestia. No vaya a ser que te quedes sin un brazo o una pierna y ya luego luego te cueste más llegar.

A Ronulfo no le costó reconocer el cuerpo. Lo reconoció desde el umbral donde solía estar su puerta. Tenía la ropa que él le había regalado. Se acercó caminando despacio, como llevado por el canto de los muchísimos pájaros que a esa hora parecían desquiciados, y se agachó para mirarlo de cerca. Le corrió el pelo para encontrar el agujero por donde había salido el hilo de sangre que ahora estaba seco en su

frente; era una figura circular y gelatinosa.

—Ay muchacho, mira cómo te dejaron —le salió de la boca a Ronulfo sin pensar, puro sentir. Una lágrima tibia le cortó la mejilla.

Jorge Carballo Madrigal es costarricense, nacido en la provincia caribeña de Limón. Estudió Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Buenos Aires, y también aprendió la diferencia entre una medialuna de manteca y una de grasa. Publicó *La señal de las flores* (Modesto Rimba, 2017), un libro de cuentos del que, todavía, no se arrepiente. También le interesa la literatura digital, sea lo que sea que eso signifique. Participa del taller Heterónimos, sea lo que sea que eso signifique.

SECCIÓN DE RECOMENDADOS DE LA REVISTA NECROMICÓN

Brian Szejnblum

"Amor, levante a los muertos: cómo condimentar la vida con necromancia", por el autor Tau Ceti del reino desaparecido de Carcosa. Este libro trata sobre cómo, con pequeños usos de la magia de levantar a los seres difuntos, podemos mejorar nuestras vidas. La obra te orienta en todos los rituales y te ofrece una lista de los materiales con ensayos sobre sus usos prácticos. Por ejemplo, en el capítulo 7 "¿Debería levantar a la abuela?" se nos provee de una invocación de almas desde el más allá, una restauración de cuerpos en descomposición y una guía sobre la equivalencia entre sacrificios de sangre y nueva vida para poder resucitar a todas las personas que nos plazca. Pero también hace la pregunta ¿de verdad vale la pena traerlos de vuelta a la vida? Con el autor dando su opinión sobre cómo la nostalgia nos ciega a la verdadera naturaleza de las personas y como tal vez el abuelo no era un viejo torpe pero adorable, sino un hombre maleducado, racista, pervertido y desagradable y que no siempre es conveniente traer de vuelta a los seres queridos y es preferible aceptar su partida y seguir adelante con nuestras vidas. Como a muchos este capítulo no los satisfacía, en la segunda edición se le añadió una subsección sobre cómo hacer amuletos con las almas de tus seres queridos para que puedan sufrir toda una eternidad.

"Matar me salvó la vida: cómo el asesinato serial puede ayudarte a tener una vida más completa", por el asesino del zodiaco. Esta obra habla sobre cómo podemos mejorar nuestras vidas con el simple y primordial hecho del asesinato. En primer lugar, explica por qué asesinar está bien, hablando sobre cómo históricamente los humanos hemos matado a nuestros pares, algunas veces por necesidad, otras por ganancias y

obviamente (lo que zodiaco recomienda) por diversión. A través de las páginas de este libro vas a aprender cómo matar de forma discreta y sangrienta, cómo armar códigos cifrados para despistar a la gente que te persiga, usar los cuerpos para crear artesanías, ayudarte en la vida sexual y, lo más importante, tener un nuevo hobby divertido porque, en las palabras del autor: "El asesinato es como cualquier otro pasatiempo, si no te divierte no vale la pena".

"El arte de hacer un asado caníbal: cómo conectarse con otras personas comiéndotelas", por "Cocinero anónimo". Esta obra trata sobre las maneras en que podemos divertirnos con la comida y, en especial, con la ingesta de otros seres humanos. Incluye varias guías sobre cómo cocinar distintas partes del cuerpo humano, condimentarlas y hacerlas parecer otras carnes; y una docena de recetas, desde pastel hecho con la tía, empanadas de dedos, muslos a la plancha o sopa de dientes. También habla sobre cómo crear tu propio clan caníbal –ya que la comida está hecha para compartirla– cómo conseguir las materias primas, dónde enterrar o cremar los restos y en general sobre cómo puede impactar esto positivamente en tu vida. Por ejemplo, en el capítulo 4 el autor explica cómo se vengó de su jefe secuestrando y fileteando a su hijo e invitándolo a un asado para darle un plato con los ojos de su propio hijo. También describe la reacción de puro temor en su cara y cómo esa es una de sus memorias más preciadas.

Brian Szejnblum nació en CABA. Estudia en la escuela ORT Belgrano en la especialización de TIC. Participó en talleres dictados por el Centro Cultural Recoleta y por Esteban Schoj. Es el miembro más joven del taller Heterónimos aunque el más viejo de alma. Está trabajando en una nouvelle de terror.

A OSCURAS

Mónica Irene Álvarez

Samuel ronca y yo miro el techo. Como todas las noches, él se duerme enseguida y yo doy vueltas. Cincuenta y tres años, la misma ceremonia. Después de un rato de lectura, cada uno deja el libro en su mesa de luz, los anteojos junto a un vaso de agua, apagamos el velador y quedamos a oscuras. Para Samuel la función de cada día termina apenas cierra sus ojos. En cambio para mí, el telón se corre bien entrada la noche.

Siento su respiración profunda. Me doy vuelta y lo observo. Boca arriba, con sus manos sobre el abdomen, descansa plácidamente. Lo miro y veo al mismo hombre, al único al que le permití llamarme Sarita por primera vez. Nunca me gustó mi nombre y mucho menos su diminutivo. Mi familia me llamaba Ari porque se los había impuesto. Me negaba a responder si no lo hacían. Les repetía a mis padres que apenas cumpliera dieciocho años me cambiaría el nombre pero a los diecisiete, llegó Samuel y nació Sarita. En sus labios las letras adquirían otro sonido. Fiel a mi convicción, seguí siendo Ari para todos excepto para él.

Samuel tose, se mueve y se acomoda de costado. Ahora, frente a mis ojos, su espalda. El pijama de frisa asoma debajo del acolchado. Se ve fuerte. Es curioso, por fuera parece el mismo de siempre pero el Dr. Aráoz insiste en que no lo es.

Cierro los ojos, inhalo profundo. Percibo su aroma, una suave mezcla de pino y limón. No le gustan los perfumes. Nunca usó los que le regalaron. Sostiene que agua y jabón son la mejor loción. Sobrio en sus gustos, austero en sus gastos, el único capricho que se permitió en todos estos años fue un cigarro por la noche después de la cena.

Atenta a su espalda que se mueve al ritmo de su respiración, hipnotizada, caigo en un sueño profundo.

En menos de veinticuatro horas la secuencia se repite.

Samuel ronca y yo miro el techo. Hoy fue un día movido. Temprano en el laboratorio para la extracción de sangre y con el frasquito de pis en primera fila. Después café con leche y medialunas en el Café Olé a la vuelta de casa. Miguel, el dueño del barcito, a poco de inaugurarlos, nos confió que el nombre se lo puso para darle al local un aire parisino. Alguien le dijo que café con leche en francés se decía así, café au lait y él bautizó al local sin dudarlo y sin conocimiento del idioma. Guiado por la fonética, le encargó al letrista un cartel tricolor. Y aunque para Evaristo, el mozo del local, el azul, blanco y rojo le quedan al Café Olé como a un Cristo un par de pistolas, ya pasaron como veinte años desde entonces y el barrio no sería el mismo sin ese bar con ridículo cartel y gloriosas medialunas.

Tras un rico desayuno, pasamos por la mercería a comprar unos botones de camisa. Samuel siempre pierde los chiquitos de los puños. No hay cosa que me fastidie más. Simplemente desaparecen. Esta vez compré doce. Ya de vuelta en casa, almorzamos y siesta mediante, visitamos a Daniel. Mi cuñado, que enviudó hace tres años, está deprimido y sospecho que toma más de la cuenta. Samuel lo niega y dice que el origen de todos sus males tiene nombre, Gustavo, su sobrino. Reconozco que el chico tiene pocas luces pero a esta altura, culparlo de la inclinación a la bebida de su padre, no me parece justo. Apenas llegamos Gustavo nos recibe con su habitual –¡Llegó la SS!. Siempre hace el mismo chiste, aunque nunca me dio gracia. Ya era un grandulón cuando reparó en que todos me llamaban de una forma y Samuel de otra. Alguien le contó que no me gustaba que me dijeran Sarita y de ahí en más empezó a nombrarnos así cada vez que nos veía juntos. Recuerdo que casi le doy una cachetada la primera vez que lo dijo pero Samuel me explicó que no tenía sentido. Una vez más tuvo razón. Ahora, después de tantos años, sigue sin darme gracia pero ya ni me molesta. Es rara la forma en que el tiempo cambia las cosas o la

percepción que uno tiene de ellas.

Otra vez en casa. Cena, lectura y nuevamente a oscuras. Los días se repiten y aún sin grandes cambios, en esa rutina me reconozco feliz.

Samuel ronca y yo miro el techo. Hoy hay luna llena. Una brisa suave mueve las cortinas. Sobre el techo, como una pizarra en blanco, se proyectan sombras de forma intermitente. Una ráfaga ingresa de repente. Por un instante, toda la habitación se ilumina. Detecto en el yeso una rajadura que parte de arriba de nuestras cabezas, como salida de la nada y se extiende hasta la lámpara ubicada en medio del cuarto, como el afluente de un río que desemboca en un cauce mayor. Mañana voy a tener que hablar con el encargado.

Samuel se mueve. Estoy inquieta. Aún con los ojos cerrados, él se da cuenta. Sin decir nada me toma la mano, se la lleva al pecho entre las suyas y sin resistencia me entrego al sueño. Mejor no pensar.

No sé cuánto tiempo pasó. Estiro mis brazos y siento el cuerpo pesado. Quiero mover mis piernas y no me responden. Abro los ojos, me destapo y observo mis pies estáticos, inermes. Intento varias veces y nada. Ni un solo dedo se mueve. Giro para despertar a Samuel pero no está. En su lugar hay un surco con la forma de su cuerpo. Mis propios latidos me aturden. Aferro mis manos a las sábanas e intento un grito que no escucho. Me mareo. Todo empieza a girar, cada vez más rápido. Estoy paralizada, aterrada. El piso se parte en dos y empieza a tragarse todo. Aún sujeta a las sábanas siento que caigo al vacío que, unos instantes después, me expulsa violentamente.

Me despierto agitada, empapada en transpiración. El sol invade la habitación y no deja rincón sin iluminar. Mis manos sujetan las sábanas con la misma intensidad que en el sueño. Intento calmarme. Cada vez amanece más temprano. La ventana está abierta. Respiro hondo y siento el perfume de las glicinas que pueblan el balcón de nuestros vecinos. Miro a mi lado y la cama está vacía. Escucho ruidos que vienen de la cocina. Él ya está levantado. Me ve y sonríe. –¿Te desperté? Le

digo que no y acepto la tostada generosa en mermelada que me extiende con una sonrisa. Me cuenta que hoy va a visitar de nuevo a Daniel. Irá solo. Charla de hermanos, dice. –Está bien. Voy a preparar una pascualina, así se la llevás –respondo. Pasa junto a mí, me corre el mechón de la frente y me da un beso.

El resto del día estoy sola. Hablo con mis hermanas, después con Elías para reprogramar mis lecciones de piano. Veo una película en blanco y negro, de las viejas. No le presto mucha atención. Mientras, coso los botones en las mangas de sus camisas.

A la tardecita, escucho las llaves en la puerta y lo veo llegar. Samuel prende la luz y me pregunta por qué estoy a oscuras. Le digo que se me pasó la hora, que no me di cuenta. Con él en casa todo vuelve a su lugar, incluso yo. –Daniel te manda saludos. Le encantó tu pascualina.– comenta, y en tono cómplice agrega: –Mirá lo que te traje... Y saca del bolsillo de su chaleco un chocolate con nueces, mi debilidad. Me guiña un ojo y lo apoya en la mesa. Ya en el baño, escucho su tos lejana, ahogada por el agua de la ducha que corre.

La noche nos encuentra juntos, en la cama. Leemos un rato. Empiezo una y otra vez la misma oración y me pierdo antes de llegar al punto. El sentido se me escapa, como el sueño. Samuel cierra su libro y pone el despertador. No dice nada, yo tampoco.

Mañana nos espera temprano el Dr. Aráoz en su consultorio.

Libro, mesa de luz, anteojos, vaso de agua. A los pocos minutos, Samuel ronca y yo miro el techo.

Mónica Irene Álvarez nació en la Ciudad de Buenos Aires el 9 de junio de 1969. De apellido español y raíces ucranianas, pasó su infancia rodeada de costumbres, palabras y aromas de otras latitudes. Recibida de Lic. en Psicología en la Universidad de Buenos Aires, escribe desde la adolescencia cuentos y relatos breves. Participó de un taller de guión cinematográfico en el Centro Cultural Tato Bores, a cargo de Adrián Haidukowski. Hace dos años que integra el taller de los jueves de Heterónimos coordinado por Nicolás Hochman, donde se animó a presentar sus cuentos por primera vez, aprendió a buscar los conflictos en los textos y no en las devoluciones, a usar una guadaña para podar adjetivos innecesarios y a disfrutar de los aportes de sus compañeros de grupo.

A DESTIEMPO

Alberto Staniscia

1

Parcela 3. Sector 34. Nicho C 1.

Nombre: María Luisa Fedele.

Once días antes habíamos hablado sobre cómo se conocieron mis padres. Ahora, el ataúd que contiene su cuerpo es metido en aquel hueco, justo debajo de los restos de don Camillo, mi abuelo, en el Cementerio Parque Municipal de Berazategui.

Se había ido.

No quise visitarla en el sanatorio. No quise aprovechar ninguno de esos quince minutos por día reservados a los familiares, ni ver su cuerpo dormido, lleno de tubos y monstruosamente hinchado en una cama de terapia intensiva. Tal vez deseaba guardar otra imagen o creía que ella ya no estaba allí o sólo no tenía ganas. No fue un gesto solidario – aunque fue lo que dije– como cediendo mi lugar para que la despidieran otros. No, no fue por eso y no sé por qué no quise visitarla.

Nuestra relación se había estrechado en los últimos diez años, desde que construí mi casa al lado de la suya en un terreno que le pertenecía. La idea de vivir allí no me convenció jamás. Pensé que se entrometería en mi vida, que no me dejaría en paz, que espantaría a mis amistades y a las mujeres que pudieran venir a verme. Pensé que mi casa no sería mi casa mientras ella fuese mi vecina. Me equivoqué.

Vivió sola los últimos veinte años. No quería que nadie por fuera de su familia se ocupara de ella, pues había decidido con una lógica implacable que todos los demás eran ladrones.

La mayor parte del tiempo la atendía su hija Mariana, mi madre. Le hacía la comida, la llevaba al médico, le lavaba la ropa, le compraba sus cosas. Iba a la mañana temprano y, a veces, también a la tarde. Santo, mi padre, solía acompañarla un rato y luego se iba para preparar el almuerzo o la cena.

El resto de la familia hacía lo que podía: poco.

Doña María se convirtió en La Nona cuando yo nací. Parece una obviedad, pero no lo es, pues no se transformó simplemente en abuela ni adquirió un mero vínculo parental nuevo, sino que empezó a ser esa que estaba ahora en el ataúd, esa que fue para los nietos, para las nueras y yernos, para los bisnietos y los amigos de la familia, para el barrio entero y, sobre todo, para don Camillo y sus propios hijos cuando hablaban de “La Nona” en secreto.

También empezó a transformarse en otro sentido. Un cambio que no advertimos los nietos, aunque nuestros padres sí.

Pero ya era tarde.

Ya era tarde para olvidar el horror y, cada tanto, alguna anécdota presuntamente graciosa –con la que nadie reía– lo recordaba.

Se había ido.

Esa mujer que supo ser una vieja de mierda y también una buena nona, estaba muerta.

Abrazados, mi madre y mi padre miran cómo el ataúd es tragado por aquel agujero. Ella llora. Yo también lo hago. No sé por qué.

Las tardes.

Merendábamos juntos. Yo iba con mi termo y tomaba unos mates amargos y ella comía unas galletitas blancas, redondas y desabridas que dejaba ablandar en su enorme taza de café con leche.

También hablábamos, no mucho pero lo hacíamos repitiendo el mismo guión: ¿cómo estás nonita? Más o menos, me duele acá ¿y vos Betito cómo me ves? Bien, estás hecha una piba ¿hoy dormiste?, No mucho, fui seis veces al baño, Ah, me imagino que usaste el andador ¿no? Y, sí, si no este culo no lo levanto más. Y luego pasaba a contarme sus sueños y alguna de sus historias.

Me preguntaba por mi vida. Le interesaban “mis relaciones”, las mujeres que no me supieron valorar y los hijos que jamás aporté a la familia. Yo escuchaba y, en general, le decía a todo que sí.

Al rato, cuando comenzaba a despedirme, retomábamos el guión: ¿ya te vas Beto? sí nonita, tengo cosas que hacer, mañana vuelvo, no te olvides de tomar las pastillas, bueno, hasta mañana, hasta mañana, cerrá con llave, sí nonita, yo cierro, no te preocupes, chau nonita, hasta mañana, hasta mañana.

La Nona me quiso con regalos. La bicicleta, el dinero, mis únicas zapatillas Adidas y, de algún modo, el terreno sobre el que construí mi casa. Era su forma y yo sabía que no debía esperar nada más. Si había amor, lo transformaba en cosa. La Nona supo ser un doblez en eso y también en todo lo demás. Era la imagen de lo que no era, de lo que no había sido. Un pasado violento luchando contra el olvido, un olvido que jamás admitió buscar y un vínculo, el que me unía a ella, creado en medio de esa lucha. La quise, no sé bien cómo, y también la rechacé y le puse límites.

Yo sabía de los golpes, de las ataduras, de los huesos astillados, del

hambre evitable y de la violencia sutil y no tanto, de la frase hiriente lanzada al paso, de las mentiras que buscaban el control, de la arbitrariedad de las decisiones y del abuso del que no se hablaba. Yo sabía de todo eso y también sabía que sus hijos, por algún extraño pacto que jamás acordaron, excluyeron a don Camillo, al nono, y lo salvaron del horror y decidieron que no había sido responsable de nada.

Odié a La Nona a través de mi madre. También la cuidé por ella, para protegerla. Creo que La Nona siempre lo supo pero prefirió no preguntar y yo decidí no tocar el tema.

No es fácil odiar a una vieja, sobre todo en su decadencia, sobre todo cuando quien te hizo odiarla ya perdonó.

La tarde que hablamos sobre mis padres La Nona estaba distinta. En las últimas semanas había mostrado algunos signos de deterioro. El médico dijo que eran cosas de la edad, que le diéramos unas pastillas y que nos quedáramos tranquilos. Pero ese día noté un cambio, noté que tenía problemas para modular las palabras y un leve tartamudeo que irrumpía en medio de cualquier frase.

No le di mucha importancia.

Cuando horas después fui a verla para verificar que estuviera en la cama, la encontré despierta manteniendo un diálogo imaginario, en un lenguaje incomprensible y vaya uno a saber con quién. La llamé y me reconoció. Betito, ¿qué me está pasando? Nada nonita, ¿quieres Seven Up?, Dame un poco... Listo, traté de dormir, Bueno, pero yo no estoy bien, veo cosas, No te preocupes nonita, mañana es otro día, chau nonita, hasta mañana, Hasta mañana, ¿Te apago la luz? Sí, apagala... Beto ¿quién es la chica que vino con vos? Es una amiga, dormí nonita, chau, Chau y me fui.

No quise decirle que estaba solo.

Mariana y Santo.

Dicen que se vieron en 1972 en un colectivo de la línea 159. Mariana era una adolescente. Santo un hombre de casi treinta años. A ella le llamaron la atención sus cejas claras. A él sus piernas. Ambos volvían de Berazategui, es decir de esas siete u ocho cuadras que conformaban el centro. Él salía de una fábrica de mosaicos. Ella de un curso de corte y confección.

Dicen que él se acercó una tarde. Le dijo un chiste malo y ella se rió por lo que él se sintió seguro y le sacó algún tema de conversación. Se cruzaron varias veces más y retomaron cada día ese diálogo eternamente interrumpido cuando él debía bajarse. En un momento, alguno de los dos propuso algo que ambos querían y decidieron encontrarse un fin de semana en el centro, justo frente a una casa de productos eléctricos que él conocía muy bien y que ella ignoraba por completo.

Dicen que Santo llegó primero. Esperó mucho. Era paciente, pero una hora y media de tolerancia era demasiado. Que la pendeja se fuera a la mierda. Decidió volver caminando para que se le pasara la bronca.

Dicen que se detuvo en las vías del Roca. La barrera estaba alta pero igual miró hacia los dos lados. Avanzó unos metros y, de frente, en el otro extremo del paso, la vio y vio que ella también lo veía. Charlaron. Ninguno de los dos comprendía por qué el otro estaba ahí, tan lejos del lugar pactado. Se dieron explicaciones aunque ya no eran necesarias. Había sido un malentendido, una confusión en los horarios. Santo creyó que era a las 15. Mariana a las 17.

Hasta el día de hoy ambos dicen que llegaron temprano.

Mis padres.

Mi padre es hijo de Bianca y Donato. Donato murió hace cincuenta años y Bianca, hace cuarenta.

Mi madre es hija de María y Camillo. Camillo murió hace veinte años y María hace un día.

Mi padre se lleva bien con las cosas. Las arregla, las desarma y las rompe cuando quiere.

Mi madre se lleva bien con las palabras. Le gusta leer libros aunque empezó de grande porque de chica le dijeron que eso era de putas.

Mi padre se lleva mal con la gente. No la entiende como entiende a las cosas, pero tampoco se preocupa demasiado.

Mi madre se lleva mal con la costura. La detesta porque de chica la obligaron a coser para todo el barrio.

Mi padre es tímido y casi no dialoga. Sólo responde si le hablan y luego se va para hacer algo con las cosas.

Mi madre no es tímida y casi nunca se calla. Le gusta hablarme de todo y cuando ve mi cara de fastidio se detiene y toma aire para seguir al rato.

Mi padre no opina y cuando tiene que hacerlo se llena la boca con comida o se la tapa y carraspea simulando que no puede.

Mi madre opina de cualquier cosa menos de política porque cree que todos son iguales.

Mi padre siempre tiene algo para hacer con las cosas y siempre lo tiene

que hacer solo. Y cuando lo querés ayudar te dice que no hace falta.

Mi madre siempre tiene algo para hacer con La Nona y siempre está cansada. Y cuando la querés ayudar dice que sí pero en el fondo cree que nadie la va a cuidar como ella.

Mi padre es tranquilo. Nunca discute nada y rara vez se enoja, pero se come los dientes todas las noches mientras está dormido.

Mi madre es tranquila, aunque a veces se enoja y te manda a cagar pero después se acerca y te pide disculpas.

Mis padres no son malos pero muchos los toman por tontos y se aprovechan de ellos.

Mis padres no pueden estar separados y cuando uno se ausenta el otro pregunta ¿dónde estabas?

Mis padres son mis padres aunque ya no sé muy bien cómo llegaron a serlo.

5

La charla.

Había terminado de tomar su taza de café con leche repleta de galletitas blancas, redondas y desabridas cuando La Nona empezó a contarme el sueño de la noche anterior.

Era joven, otra vez era joven y se encontraba en la cocina preparando la pasta. Miró el reloj. En cualquier momento llegaba don Camillo. En casa se comía a las 12 y a él no le gustaba esperar. Ya era hora de poner los fideos, así que fue a buscarlos justo ahí donde los había dejado. Increíblemente, los fideos habían desaparecido. Se desesperó, revisó los estantes de la alacena, la heladera y los lugares más inverosímiles. Inútil.

Debía preparar más. No iba a lograrlo y lo sabía muy bien ¡Merda! Que Camillo esperase. Tenía lo necesario, excepto los huevos así que fue hacia el fondo de su casa, hacia el gallinero. La escena era horrorosa. El gallinero abierto y las gallinas muertas. Un gato, con la boca ensangrentada y llena de plumas, salió corriendo cuando la vio y ella, sin avisar, sin una pausa o alguna palabra que indicara que el sueño había terminado y que esta era ya otra historia, comenzó a decirme que odiaba a los gatos desde que era chica, desde aquella vez que estando en Mozzagrogna, en su pueblo, su madre encontró las gallinas del gallinero muertas y que nunca supo por qué, pero así y porque sí, sus padres le echaron toda la culpa a ella y que a pesar de que juró que no lo había hecho le dieron la paliza de su vida aunque luego, al descubrirse que había un gato malo matando las gallinas del pueblo, no le pidieron disculpas ni nada y que es por eso que odiaba a los gatos y que se cuidaba de que ninguno se acercara al gallinero, acá, también en el fondo, muchos años después, cuando ya tenía la casa en Berazategui y todo el mundo venía de cualquier parte a pedirle esos enormes huevos blancos que sus gallinas solían poner y que ella cambiaba por alguna otra cosa que necesitara porque así se manejaba la gente en aquella época.

Se detuvo. Fueron apenas unos segundos, como tomándose un tiempo para descansar o quizás para evaluar si debía decir lo que estaba a punto de decir y finalmente dijo.

Entonces La Nona me habló de una paisana llamada Bianca, un poco mayor que ella y que jamás había visto hasta esa mañana, cincuenta años atrás, en que llegó a su casa buscando algunos de aquellos famosos huevos.

La paisana vivía a quince cuadras, cerca del arroyo del Barrio San Juan, pero era oriunda en un pueblo de Villa Scorciosa, en la provincia de Chieti, en Italia, no muy lejos de Mozzagrogna.

Solo la casualidad había hecho que no se cruzaran antes y, sin embargo, a partir de ese encuentro empezaron a frecuentarse, siempre a la

mañana, ahí, en la puerta de casa y siempre con la misma excusa.

Llegaron a conocerse bien, aunque nunca fueron amigas.

Hablaron. Hablaron de la guerra, del hambre, de los padres que ya no veían y sobre todo de sus hijos.

La paisana habló de Santo, un buen hombre, trabajador aunque un poco callado. La Nona señaló a la nena que estaba saltando con una soga en el patio. Tal vez a la paisana le pareció muy joven y tal vez La Nona dijo que los años pasaban rápido.

Luego cada una tomó lo suyo y se despidieron.

Días después La Nona le dijo a su hija que se arreglara, que se pusiera linda porque iban a ir al centro a tomar un helado. Mariana no entendía nada. Jamás habían salido. Jamás su madre había sido tan amable. Jamás había sido amable.

Se fueron.

Compraron un cucurucho de limón y vainilla y se sentaron en uno de los dos únicos bancos de madera que estaban libres.

Llegó la paisana. Estaba con Santo.

Apenas hablaron. Santo miró a Mariana, luego a su madre y dijo que sí con la cabeza.

La paisana y La Nona también se miraron.

Mariana seguía tomando su helado de limón y vainilla. Ignoraba que dos años después estaría casada.

Las vías. El desencuentro. La tardanza. La cita. El 159. El chiste. Las cejas. Las piernas...

Memorias.

A veces pienso que solo se dejó arrastrar por las palabras, que no sabía muy bien lo que hacía, que una idea fue llevando a la otra y que al fin, sin advertirlo La Nona terminó diciendo lo que dijo.

A veces pienso que solo intentó legitimarse, mostrar que había tenido razón y que el hecho de que mis padres siguieran juntos de algún modo la justificaba.

Y a veces pienso que a La Nona jamás le importó nada y que en el fondo seguía siendo una vieja de mierda. Ella ya no podía golpear en el rostro ni romper un hueso ni atar a nadie, pero sabía muy bien que había algo que sí podía.

Un secreto aún se guardaba, quizás el último, quizás el único. Solo tres lo conocían. Dos no lo revelarían jamás. Uno por amor, otro por timidez y vergüenza.

Y La Nona tal vez fue la de siempre, fue esa nona y habló, y habló con el único ser a quien realmente se le había ocultado algo y habló para decir que todavía podía seguir dañando.

Sí, a veces también pienso eso.

Se había ido. La Nona, por fin se había ido.

Abrazados, mi madre y mi padre siguen mirando cómo el ataúd es tragado por aquel agujero. Ella llora. Yo también lo hago. No sé por qué.

Alberto Staniscia nació en 1976 en Berazategui, provincia de Buenos Aires (Argentina). Es profesor (Instituto Espíritu Santo) y Licenciado en Filosofía (UNSAM). Actualmente se encuentra realizando su tesis para la Maestría en Estudios Sociales Latinoamericanos (UBA). Es autor del libro *El cuerpo sartreano* y de varios artículos sobre filosofía latinoamericana. Ha sido apicultor, ayudante de fotógrafo, lava-motos y peón en una fábrica de mosaicos. Desde 2001 se dedica a la enseñanza de la Filosofía.

En su adolescencia y hasta los 25 años escribió algunos cuentos que bien merecen un piadoso olvido. Mucho tiempo después retomó la actividad literaria con el Taller de Heterónimos coordinado por Nicolás Hochman. Confiesa que antes aspiraba a ganar el premio Nobel de literatura. Hoy por hoy vuela más bajo y solo desea escribir un buen párrafo.

AL RESCATE DE EROS

Adriana Parada

El día amaneció bochornoso. La tormenta matinal de media hora no logró bajar la temperatura ni un centígrado, sino que subió la humedad a punto de saturación. Las chicharras, envalentonadas, vaticinaban un nuevo récord. Hacía calor, mucho calor; húmedo, sucio y gomoso tan de Buenos Aires en enero.

Fuimos a pasear por las góndolas de los lácteos del súper, con Valeria y la beba, para escapar del aire sofocante de nuestro departamento. Llenamos el changuito con pañales, postres Serenito, jugos, semolín, papel higiénico, rollo de cocina, lavandina y repelentes de insectos. Era fin de mes, ninguno de los dos había cobrado el sueldo y la tarjeta estaba al límite del rechazo. Manoteé unas cervezas e intenté esconderlas debajo de los pañales para ponerle un poco de onda a nuestras compras, pero Valeria, quien controlaba nuestros consumos con una minuciosa planilla Excel, me las arrebató y con tono de advertencia dijo: ni se te ocurra.

¡Qué calor! Además, me aburría. Sábados a la mañana el súper; al mediodía, comida en lo de mis suegros. Los horarios de la beba, la teta, la siesta. Dormir.

Soy el único casado entre mis amigos. Me invitaban a mil programas copados y cada tanto lograba prenderme en alguno, pero cada vez que volvía a casa después de la joda, me esperaban invariablemente la beba llorando a grito pelado, Valeria cubierta en vómito y con cara de ni te me acerques. Así que poco a poco me fui acomodando a mi vida de esposo fiel y padre resignado.

Estás loco, qué hacés, dejate de joder, me dijeron todos y cada uno de mis amigos cuando les anuncié –a mis recién cumplidos 24 años– que me casaba. ¿Te hicieron un bebé?

¡Imposible! Valeria me apartaba con los codos, no lograba que pasáramos del sillón del living de mi casa (el de la suya estaba electrocutado) y apenas me dejaba tocarle la teta y solo la derecha. Nada de esto les confié a mis amigos; les contaba hazañas que inventaba en la intimidad del vestuario y trataba que mi cara no me delatara. Para ellos era un campeón. Pero al año y medio de idas y vueltas decidí jugármela y una noche, con mi mano en su teta (la derecha) le propuse matrimonio. Me costó convencerla que lo mío era amor puro y desinteresado; que el motivo no era simple calentura. Al final accedió, sí quiero, me susurró al oído y esa noche hicimos el amor.

La adoro a Valeria. Es buena mina y además es gauchita. Labura como loca, el depto está siempre impecable y es una madre genial. Se quedó embarazada enseguida (sospecho que en la luna de miel) y juntos nos hicimos el test. Durante los nueve meses que duró el embarazo, el sexo fue una locura. Estaba encendida. Yo tenía miedo por la panza, pero ella insistía en que padres contentos, niño feliz. A veces, al ratito nomás de haber acabado, el bebé pateaba a lo loco y entonces Valeria me ponía la mano sobre su panza para que sintiera y me decía, ¿viste?, te dije. Éramos felices.

Y llegó Olivia. Regordeta, cachetuda. La amo. El parto fue largo, pero Valeria se lo bancó sin anestesia, una reina. A los pocos días nos vinimos los tres al depto; una familia.

Las primeras semanas después del parto no pensábamos en sexo, ni ahí. Los dos estábamos agotados, pero al segundo mes, a mí la verdad es que me empezaron a dar ganas. Cada vez más seguido, me daba más y más ganas de coger. Valeria parecía una vedette. ¡Esas tetas! Quería tirarme de cabeza entre las dos. Al principio reconozco que estaba un poco celoso; ahora tenía que compartir el izquierdo con Olivia. Pero enseguida se me pasó. Además, había que aprovechar

mientras durase la abundancia porque las tetas de Valeria, las prematernales, eran chatas como una tabla. Yo la miraba con amor y le aseguraba que estaba re sexy, que me calentaba. Pero ella se veía gorda, estaba cansada y a duras penas accedía a un rapidito una vez por semana.

Y ese sábado en el súper, paradito en la fila para del cajero con mi changuito con productos de la canasta básica familiar, de repente sentí una respiración intensa detrás de mí. Me volteé y me encontré de frente a un minón. Un pedazo de mujer. Un monumento. Debía medir como un metro ochenta. Vestía una túnica blanca, vaporosa y por debajo alcancé a adivinar una tanguita, blanca también, y sus dos pezones libres que parecían latir. Estaba inquieta, parecía apurada. Busqué su changuito pero en vez, solo tenía en sus manos tres cajitas de forros: verde, marrón y negro. ¿Me dejás pasar?, me pidió casi suplicando, tengo solo esto, me esperan afuera. Giré la cabeza hacia la puerta y ahí, urgida como su dueño, una Ferrari descapotada al mando del flaco que seguro iba a usar cada uno de los forros. Dale, le respondí casi tembloroso, pasá, faltaba más. Pagó a los tiros con los billetes ya contados que tenía en la mano que le quedaba libre. Quedate con el vuelto, le dijo a la cajera y salió disparada. En su nuca despejada, un diminuto tatuaje de una luna a la que le caía una lágrima de un incipiente sudor. Corrió hacia la Ferrari que la esperaba con los motores encendidos y desapareció.

Miré mi changuito de precios cuidados; la beba me hacía muequitas. Busqué a Valeria y la ví venir corriendo desde la góndola de productos de perfumería, con sus pechos lactantes que se bamboleaban sin GPS. Tiró dos cajitas de forros verde y marrón en el changuito, me miró con esa sonrisa con hoyuelos que me puede y mordiéndose la comisura del labio arrojó una tercera "Daiquiri Durazno" al carro. Se olvidó de estos tu amiga, me dijo, justo estos, y lanzó una carcajada. Le sonreí. Somos felices.

Adriana Parada nació en Buenos Aires en marzo de 1958. Madre de cuatro hijos y abogada especialista en temas de familia. Ella de Aries; sus hijos, de Piscis. Escribió siempre obligada por la profesión y tiene un par de artículos publicados en diarios jurídicos. Cansada de redactar solo demandas, cartas documento, alegatos y recursos; de citar doctrina y jurisprudencia, en noviembre de 2019 se anotó en el taller de escritura de los días jueves que preside Nicolás Hochman con la esperanza de escribir algo que apele a los sentidos.

POR LA BOCA, POR LOS PIES, POR LAS MANOS

Cynthia Callegari

1.

A los seis años Klara tuvo que estar en cama mucho tiempo, se suponía que si estaba quieta iba a curarse. Aunque los chicos repiten muchas veces la angina y la fiebre, esa vez el pediatra había indicado hacer otros estudios complementarios. Como en el hisopado de fauces dio positivo, era conveniente llevarla a la Casa Cuna para tener un diagnóstico más preciso porque el estreptococo beta hemolítico podría causar fiebre reumática. Entonces, emprendieron la consulta médica con ese especialista quien determinó que la sometieran a más estudios de sangre, fauces y corazón. En quince días tendrían un diagnóstico preciso.

Unos días antes, su mamá había escuchado en la televisión al doctor que dirigía el equipo de reumatología de ese hospital. Sus palabras "la fiebre reumática ataca las articulaciones menores y muerde el corazón" causaron gran impacto y la mamá las repitió hasta el cansancio, la fiebre reumática ataca las articulaciones menores y muerde el corazón.

Para esperar los resultados su mamá decidió que en esos días no saliera del cuarto, ni de su cama, porque la enfermedad entra por la boca, por los pies, por las manos. Nada de contacto con otras personas y mucha higiene, la fiebre reumática ataca las articulaciones menores y muerde el corazón. La niña dejaría de usar los vestidos de colores, la lana tibia y las botas de corderito para llevar como segunda piel un pijama afelpado. En su cuarto tendría lo

que necesitaba. Libros que guardaban los colores del mundo, el lápiz negro con el que ensayaría la letra porque todavía no había empezado a escribir con pluma fuente y los cuadernos donde realizaría las tareas de la escuela. Ese año, después de las vacaciones de invierno, iban a estrenar la pluma fuente. Pero Klara seguiría ensayando palotes, líneas dibujadas sin renglones. Una al lado de otra, las rayas empezaban en el margen superior izquierdo de una hoja bien blanca, tratando de copiar la que había hecho la mamá. Pero que, a fuerza de repetirlas, lentas y monótonas las de Klara se estiraban y perdían prolijidad. Así iba llenando de gris las hojas que se acumulaban como el tiempo, perdiendo el pasado, el futuro y el presente.

Cuando volvieron al hospital los análisis no confirmaron la presencia de la bacteria, pero la recomendación fue repetirlos en dos semanas. Otra vez el reposo en la cama. Desde ahí la niña podía escuchar los gritos de los chicos del barrio que jugaban a la pelota en el terreno baldío próximo a su casa. Su hermano mayor también estaba allá, y nadie venía a jugar con ella. La mamá la mantenía aislada. En la casa había una sola televisión, estaba en el comedor y Klara no podía ir, todo debía hacerlo en la cama. La enfermedad entra por la boca, por los pies, por las manos.

Tenía muchas muñecas, las acomodaba una al lado de la otra a lo largo de la cama como si fueran parte del público que asistía a un recital. Lulú, su muñeca favorita, cantaba las mañanitas mexicanas con la boca rígida. La música se escuchaba desde el pequeño tocadiscos que estaba escondido en la espalda de la muñeca. Klara, mientras insertaba los discos de colores, buscaba descubrir dónde se ocultaban los viajes a los que las canciones la llevaban cada vez.

Una mañana de sábado, la mamá le trajo a Tom un gato cachorro. Era tan blanco que no perturbaría la limpieza. Al estar tan quieto como ella entre los almohadones, pasó a convertirse en una especie de juguete inerte más.

Para el rito semanal del baño, su mamá la sacaba de la cama, cambiaba las sábanas y como si Klara fuera un trapo sucio más, la sentaba en un

banco de su tamaño debajo de la ducha. Una esponja limpiaba la fragilidad del cuerpo, la espuma en el pelo le irritaba los ojos y el agua corría. La mamá le decía todo el tiempo que podía volver a enfermarse, que debía tener mucho cuidado porque la enfermedad entra por la boca, por los pies, por las manos.

En esos meses, cada quince días realizaban el viaje al hospital para que le hisoparan las amígdalas en busca de ese bicho que podría hacerle daño. Después de tanta insistencia para encontrarlo y que no apareciera, fueron a consultar con el mejor cardiólogo infantil de Buenos Aires por si hubieran quedado secuelas. Detrás de unos bigotes pelirrojos que ocultaban los labios que Klara intuía como los de su muñeca, le dijo a la mamá que la niña tenía su corazón sano y que debía ejercitarlo para fortalecerse. Klara se paró con unas piernas temblorosas que casi no le pertenecían. Después de tantos meses empezaba a caminar.

2.

A los doce años una mañana, Klara encontró su ropa interior ensangrentada. Se asustó mucho y corrió a contarle a la mamá. Mientras lloraba la mamá la arrulló diciéndole que podía volver a enfermarse, que debía tener mucho cuidado porque la enfermedad entra por la boca, por los pies, por las manos.

La niña escuchaba las palabras entrecortadas porque se mezclaban con su propio llanto. La mamá le dijo ahora sos señorita, tenés que cuidarte, esto va a pasar cada treinta días. Le quitó la ropa y le mostró cómo se colocaba un protector en la parte interna de una bombacha limpia, también la lavó con una esponja húmeda y luego la secó con una toalla. Mientras ocultaba la suciedad con movimientos diestros, la mamá le dijo que no debía bañarse ni lavarse la cabeza hasta que se terminara el sangrado. Te lavás las axilas con el agua de la cañilla de la pileta del baño, pero no tenés que mojarte todo el cuerpo, porque se te puede cortar. También le advirtió que podrían pasarle cosas malas si no se cuidaba.

Esa tarde, en la que debía estar quieta, volvió a su cuarto, puso a sus muñecas en la repisa que estaba frente a la ventana. Todas pudieron mirar a los varones jugar a la pelota en el terreno vecino. Aburrida de estar encerrada, y como la mamá no le había dicho nada sobre estar afuera, salió de su casa. Se acercó a la cancha, quería ser parte de la hinchada. Tímida, se puso detrás del arco; así fue como recibió un pelotazo en la nariz. Klara sintió el calor tibio que chorreaba lento por el borde de su boca hasta que entró. En su lengua el sabor fue un trago espeso que la ahogó, pudo oler la tierra mezclada con sangre. Descubrió que había sido su hermano quien había hecho gol en su cara, se dio cuenta porque sus ojos mostraban la contradicción entre la sorpresa y la felicidad. Él corrió para consolarla, pedirle que no le contara a mamá, y decirle que no había sido su intención pegarle. Pero ella no lo dejó. Ensayó la defensa personal y le devolvió el pelotazo con furia animal.

Sabía que nadie tenía que tocarla. Debía tener mucho cuidado porque la enfermedad entra por la boca, por los pies, por las manos. Volvió a llorar como unas horas antes por otra sangre, con bronca y humillación.

Cynthia Callegari nació en CABA y creció en Ituzaingó. Signada por haber nacido en mayo del 68 y ser la hija del medio. Es Licenciada y Profesora en Letras (UM). Hace casi treinta años ejerce la docencia en escuelas medias en el oeste bonaerense, también es en la carrera de Letras (UM) y en Institutos de formación docente. Se dedica a investigar la literatura latinoamericana. Curiosa, impertinente, obstinada y ávida lectora. Colabora como editora en la revista de filosofía del Colegio de Abogados de Morón. En busca de producir ficción comenzó a participar del "Taller Heterónimos de los jueves" desde su formación en octubre de 2019.

LA ESPERA

Samantha Rojchman

Una mujer espera a un hombre en un banco en la orilla del río. La mujer tiene treinta o treinta y cinco años, un rodete sujetado con un palito chino y unas uñas brillantes y prolijas. Está arreglada al detalle; viste una prenda que la favorece aunque la oprime, una prenda ajustada en busto, ajustada en cintura y sisa. La mujer huele a jazmines y lavanda, huele a flores artificiales, a aromas que la industria superó y hurtó de la naturaleza. Su fragancia, dulce y empalagosa, es un halo que me envuelve y me hace parte de su tiempo. Respiro lo que, asumo, debe ser su mejor perfumería.

La mujer que espera se come las uñas y relojea cada dos minutos un celular que está seco de mensajes y que, en cualquier momento, va a agotar su batería o va a agotar su paciencia. Mientras la observo, pienso que ella no tiene nombre, no para mí al menos, que la miro a unos metros de distancia mientras me siento apoyada en un tronco caído y siento su aroma y siento su angustia de presa abandonada creciendo. Sus pies llaman mi atención. Semidescubiertos, soportan el frío del día en la ribera, soportan la altura del zapato y hacen lo que en estas circunstancias insoportables es debido: taconean. A esta altura ella tiene dos opciones: o batirse en retirada y fingir que nunca estuvo o seguir hasta el final y asumir las consecuencias de una tarde de ilusiones desperdiciadas.

Conozco el banco donde ella se encuentra. Ya ha sido utilizado por otras personas, por otras generaciones con diferentes anhelos y propósitos pero con idéntica paciencia. Yo misma, sin ir más lejos, que me encuentro sentada en un tronco raído leyendo o fingiendo que leo un

libro sobre los ciclos de la vida antigua, aguardé a alguien en ese banco alguna vez, y podría volver a aguardar a alguien en ese banco y esta vez irme antes de tiempo. Pero no estoy segura de que ella lo haría. La veo reposar en el costado izquierdo del banco blanco y presiento que deja a su derecha un amplio espacio que espera llenar con determinada presencia. Vacilo, dudo si acercarme y ocupar el asiento vacío, pero no me atrevo. El vacío es denso, si es que algo así existe, y la expectativa que emana de una persona puede ser, descubro ahora, una gran fuerza para reservar un lugar.

El hombre al que espera no tiene nombre ni rostro ni cuerpo, no para mí al menos, que no lo veo acercarse desde ninguno de los puntos cardinales, ni siquiera a lo lejos en el horizonte. Desde mi posición estratégica yo podría saber si él estuviera llegando desde cualquier lado, inclusive desde el oeste, la única dirección a la que ella no está prestando atención. La mujer conoce a la perfección el recorrido de su anhelado y sabe exactamente por dónde él tiene que aparecer (sur), por dónde puede llegar a aparecer (este), por dónde es físicamente imposible que aparezca (norte, río). El oeste, en cambio, es una imposibilidad esencialmente humana; él no puede llegar desde esa dirección porque no hay nada que ella sepa de él que pudiera justificar la llegada desde ese rumbo. En lo que a mí respecta, que estoy ahora echada sobre la tierra húmeda y no conozco ni al hombre ni a la mujer ni al vínculo en evidente descomposición o temprana desintegración, sé que llegar por el oeste significaría un engaño, la vil mentira, una excusa malintencionada que él trataría de reconstruir apenas llegue.

Varios hombres caminan cerca del perímetro, pero ninguno de ellos es él. Lo sé de antemano por sus andares, la frescura con la que pasan y la libertad que cargan de no deber explicaciones a nadie, de no haber prolongado ninguna espera. Solo dudo de uno de ellos, cuando veo que clava su mirada y detiene su paso al verla. La mujer que espera está muerta por dentro, pero es hermosa y su candor de niña abandonada brilla y atrae a cualquiera. Poco a poco se aproxima a ella, en actitud abierta, y me hace preguntarme si no será él. Al llegar, le pide fuego, ella se desconcierta por un instante y le extiende, con una sonrisa forzada,

un encendedor al extraño. Él trata de sacar tema de conversación, está interesado en ella y también sabe —por algo tomó el riesgo— que esa mujer se está marchitando, que su espera es en vano, que su competencia está fuera del radio. Pero la mujer que espera no busca ser seducida, ni siquiera busca ser vista; su abandono es tal que cualquier elogio es inoportuno y cualquier amparo es gélido o incluso desubicado.

Los minutos corren y la mujer aguarda a un hombre o a la idea de cierto hombre con una desesperación implosiva mientras taconeá, ahora ya erguida, el piso cada vez con mayor fuerza. La tierra seca es el reloj que recibe sus golpes, que se hiende con la marca del taco aguja, y somos nosotros, tan solo el piso y yo, los únicos que podríamos dar testimonio de su espera. Le gustaría irse, lo intuyo, pero no puede. Las costumbres pesan sobre su espalda, y ya no está segura de que haya perdido tan solo tiempo. Se queda por debilidad, por inercia, por orgullo mitigado. Su rostro, iluminado por ojos lagrimosos, está cargado de un exceso de realidad, de anclas que la mantienen firme a promesas que nunca tuvieron intención de verdades.

El hombre al que espera no vendrá. Lo sé porque el cielo está negrísimo, la lluvia es inminente y es muy probable que su excusa no sea más que el mal tiempo. La mujer no trae ni paraguas ni abrigo alguno y eso me dice que terminará empapada, y aun así no creo que se vaya. Su decepción no termina de instalarse porque ella renueva sus expectativas a cada cinco minutos, cuando saca del neceser ya recogido su labial y vuelve a maquillarse los labios una y otra vez. No es el viento, sin embargo, lo que desdibuja su roja sonrisa, sino la duda a la que no le permite volverse certeza, para así abandonar la imagen lastimosa de su ser que proyecta en este espacio ahora. Pienso que me gustaría acercarme, pero siento que invadiría su espacio, su ausencia mental, su esclavo conformismo.

Poco a poco las familias acampantes se retiran y los pescadores guardan las cañas. La costa se vacía y en ella sólo quedan unos niños jugando a la pelota, la mujer que espera y yo. Ella no me dirige la mirada en ningún momento, aunque sabe que hace rato la observo, la vigilo,

la cuido de ella misma. Me dirijo lentamente a la orilla y me siento en el malecón con las piernas orientadas al río. A unos metros de mí, a la izquierda, la mujer que espera a un hombre, a esta altura fantasma, imita mi acción y se sienta. La corriente está brava y creciendo cada vez más, pero ella ni se percata. Las olas amenazan con romperse justo en el paredón de piedras y salpicarla, salpicarme, llenarnos de olor a desechos, volvernos cloacas. La mujer que espera no se inmuta, el agua no la conmueve, y bien desearía que la marea la llevara lejos, que le ahorrara tiempo y decisiones. Pero no va a arrojar; lo sé porque sus manos están aferradas a su teléfono y todo su ser está demasiado aferrado a una comunicación inexistente.

No puedo ayudarla, ni tampoco el río. No soy una voz confiable, ni el río es un socio complaciente que hace favores a los melancólicos a cambio de visitas. La mujer que espera un hombre no espera nada del resto del mundo, y esta es la verdadera razón por la que su llanto desconsolado irrumpe ahora y llena todo el ambiente de una terrible desazón que me inunda sin siquiera tocarme. Me retiro cuando estalla el cielo en chaparrones y me alejo rápidamente, sin despedirme.

Samantha Rojchman nació el 23 de marzo de 1995, en Capital Federal. Es Licenciada en Antropología Social y Cultural y trabaja como profesora de español como lengua segunda y extranjera. Le gusta estudiar varios idiomas, porque así tiene una excusa para hablarlos todos a medias. Participa del taller de Heterónimos, coordinado por Nicolás Hochman. Desde Jerusalén, donde reside actualmente, se conecta todos los jueves a la madrugada para escuchar al grupo hablar de literatura. Dicen que eso la ayuda.

EN LA RUTA

Fernanda Cooperstein

Carla y Daniel ya están en la ruta. Las vacaciones duraron tres días y cuatro noches. El desierto ya queda atrás, también el descanso y la ilusión de vivir sin trabajar. En ese ranchito de alquiler, los dos fueron felices a pesar de la nada: distancias enormes, vegetación llana, colores uniformes hacían que la vista alcanzara longitudes insólitas y, con estas, el vacío que se detenía en las montañas prediciendo más desierto del otro lado. Ahora, lejos de la despreocupación, y aún más lejos de su país de origen, Argentina, regresan a su departamento de un ambiente y la cotidianidad del trabajo en San Francisco: la tranquilidad de lo previsible.

La Estatal 58 se abre en una zona que a pesar de ser árida tiene cultivos a cada lado: hileras verdes y bajas salpicadas de círculos naranja. Carla cree que son mandarinas. La velocidad máxima es de 55m/h. Ellos, como la mayoría, van a 75. Son solo dos carriles. Comparten el camino con camiones de carga –Fedex, UPS, Safeway, materiales para la construcción–, diez metros de largo, cuatro de alto, veinte ruedas, brillantes y poderosos. También hay camionetas arrastrando trailers y casas rodantes. Entre la energía de esas llantas, el Subaru negro de Carla y Daniel va y viene tratando de eludir el tráfico pesado. Circulan por el carril rápido. Por el espejo retrovisor Daniel ve un auto blanco acercarse por la misma vía a toda velocidad. Debe de ir a más de 100 m/h, piensa. Un loco. Cuando está a unos metros, el coche blanco se mueve al carril derecho. El conductor aprieta el acelerador. Los pasa y vuelve al carril izquierdo. Logra precederlos, desacelera: adelante tiene un camión inmenso, al costado un transportador de autos: tres en el primer nivel y cuatro en el segundo.

Craig conduce su Toyota Prius blanco. La ventanilla baja, el brazo apoyado en el borde; siente el viento cálido del desierto. Necesita llegar a San Francisco. Allí se reunirá con su esposa y su hijo de un año. Salió tarde. Se arrepiente: al entrar a la ciudad se empantanará en el tráfico de la hora pico. Hasta el momento pudo adelantarse sin problemas, pero ahora está estancado entre un camión y un transportador de autos. Está acostumbrado a que estos gigantes se adueñen de la ruta. Siempre ocupan los dos carriles aletargándolo todo. Un desfile de dinosaurios. El transportador se retrasa un poco y Craig ve la oportunidad: unos metros salvadores. Se desliza hacia la derecha, se posiciona en frente del vehículo y su remolque de autos, pasa al camión del carril rápido, y se le antepone también a este. Ya está en el carril izquierdo: es dueño de la ruta otra vez. Pone a los Rolling Stones. El marcador de gas está bajo. Parará a llenar el tanque en la próxima estación de servicio antes de Bakersfield. Comprará una Coca Cola diet y unas barras de cereal. Las comerá en el auto.

Carla y Daniel ven desaparecer el auto blanco. Los cultivos se transforman en paisajes industriales: una ciudad se acerca. Los carriles ya son tres y entran en Bakersfield: casas bajas, calles amplias, y veredas vacías. La atraviesan por una avenida ancha. Desembocan en una autopista mayor. Buscan la Interestatal 5 norte. El GPS los lleva a una calle menor. Más cultivos. A un costado de la ruta hay un coyote muerto. Los intestinos son una tira rosada en el pavimento gris. Hace calor. Daniel pone a Captain Beefheart y baja la ventanilla. Sienten como el viento golpea el Subaru.

Después de Bakersfield, Craig sale a una ruta rural de un carril. Velocidad máxima 50m/h. Él va a 80. Un Tesla rojo desentona, en color y estatus, entre los Toyotas, Hondas, Chryslers blancos, negros y grises. Un Subaru negro con unas calcomanías que le resultan familiares: el Gato Félix y el Correcaminos. Le parece haberlo visto antes de Bakersfield. Pero no, no debe de ser el mismo. Lo pasó hace rato en la Estatal 58. A no ser que se le haya adelantado cuando se detuvo en la estación de servicio. No. Seguro que es otro, piensa. Igual tiene que rebasarlo, apura el pedal. Deja atrás al Subaru. Algo se le cruza. No le da

tiempo a frenar. Lo golpea. Por el espejo ve una bola amarronada pegar un salto y caer al suelo. Debe ser un mapache o un coyote. Está seguro de que es un animal: ve los órganos rosados esparciéndose en la ruta. El impacto le abrió el vientre. No tiene tiempo, sigue, aprieta el acelerador. La invasión de camiones quedó atrás. Ahora tiene que sortear autos y camionetas. Toma W Lerdo Highway. Maneja una milla: adelante hay dos carteles: "Road Closed" y "Road Construction Ahead" cercados por conos naranja. "Shit" dice. Golpea el volante con la mano derecha. Da la vuelta y decide tomar la ruta 46. Finalmente, llega a la Interestatal 5: dos carriles. El paisaje, otra vez árido.

El traqueteo del auto, el calor seco y el destino –San Francisco– a más de 264 millas hacen que Carla se quede dormida. La cabeza ladeada hacia la derecha, la boca abierta, no lo puede evitar: cierra los ojos. El GPS los lleva por la ruta 46, está descongestionada. Enseguida alcanzan la Interestatal 5. Daniel ve un Toyota blanco tratar de esquivarlos. Piensa que los coches blancos están apurados hoy. No distingue que es el mismo que los pasó antes de entrar a la ciudad, no tiene marcas, se parece a la mayoría de los que transitan en la ruta. Tiene ganas de apretar el acelerador y coartar al Toyota, mira a Carla dormida y desiste. El Toyota logra aventajarlos. Más adelante hay una nube de polvo. El auto blanco se adentra en el remolino de arena. Por un segundo Daniel ve algo que le hace dudar de si no está dormido él también, como Carla. Es tan irreal que por instinto gira el volante a la izquierda. Una vaca –sola– corriendo hacia el pavimento. Seiscientos kilos descontrolados. La polvareda le dificulta la vista, pero parece una vaca. Nunca había visto una vaca correr, un toro sí. Las vacas no corren, piensa Daniel, pastan, rumian todo el día, caminan despacio buscando pasto jugoso, amamantan a sus terneros. Pero no corren. Quizá este sea un toro y no una vaca, pero parece una vaca. El Toyota quiere esquivar al animal. No puede frenar, a último momento intenta cambiar de carril, colisiona con una van gris. El choque la arrastra, casi toca al Subaru de Daniel y Carla. El auto blanco se da vuelta, se desliza un metro y gira sobre su eje. El paragolpe se dispara a la banquina. Del roce de la chapa y el cemento salen chispas. Daniel los pasa. No puede ver mucho, tiene que mantener la vista en frente de él, en la carretera. Por el espejo ve

una llanta rodar detrás de ellos, sola como la vaca. Carla mueve la cabeza para sacudirse el aletargamiento: ¿Qué pasó?, pregunta.

Carla, entre sueños, sin saber si todavía está dormida o despierta, escucha un sonido largo y chirriante, luego un golpe como si un meteorito hubiera caído en la tierra. Enseguida, un llanto casi humano, pero no, no lo es. Si fuera de una persona esta tendría que ser enorme. El grito es hondo y grande. No está segura si es un sueño, jamás ha escuchado un alarido así. No puede ser real. Los párpados todavía le pesan. Duda en abrirlos, pero finalmente lo hace. La realidad todavía es confusa. En esa nebulosa pregunta: ¿Qué pasó?

Craig quiere pasar el Subaru. Adentro, la misma pareja que se está tomando todo el tiempo del mundo. Ella parece dormida. Por gente como esta va a quedar estancado en la entrada al puente Bay Bridge, el portal a San Francisco más transitado. Por fin, los rebasa. Adelante lo espera un remolino de polvo. No se preocupa, los ha atravesado cientos de veces. Creció en Coalinga. Se acuerda de su padre. Siempre le contaba sobre una tormenta muy grande que hubo a principios de los noventa: diecisiete muertos, más de cien heridos. Craig lo extraña, en dos meses va a hacer un año desde que murió. Sólo tenía sesenta años. A veces lo llama por su nombre, cuando está solo –como ahora, en el Toyota–, en voz alta como si al escucharlo de alguna manera lo reviviera. Ya está en la nube, son sólo unos metros. En un segundo intuye –porque no puede decirse que la ve– una masa oscura enorme a un costado de su auto, parece que va a embestirlo. Gira el volante, choca contra algo. Siente un sacudón. Las dos manos se aferran al volante. Su auto dispara a la derecha. Su esposa lo espera en San Francisco. El auto se da vuelta. Su hijo de un año da sus primeros pasos. La cabeza golpea contra el capot, luego impacta en la ventanilla derecha. El cráneo se separa de las vértebras. Nunca le dijo a su padre que lo quería. Se desnucan. La cabeza cae elástica sobre el airbag. La pierna derecha se quiebra en cinco partes, la otra en tres. El brazo izquierdo se desprende del omóplato, el diestro queda intacto. La caja torácica se hunde. Fallece en el acto. En unos segundos el Toyota se prenderá fuego.

La vaca se desploma a cuatro metros del auto blanco y a seis de la van gris. Se le cubre el ojo de agua, pestañea, solo ve el cielo. Dos de las costillas rotas le atraviesan el estómago. Lanza un mugido desgarrador. Dura unos instantes. Ahora en silencio, mueve la cabeza restregándola contra el pavimento. Las patas se agitan –lentas– en el aire. Pronto la alcanzará un charco de gasolina. Morirá en tres minutos.

–¿Qué pasó? –Carla pregunta medio dormida.

–Un accidente. Un loco –le quiere contar sobre la vaca, pero se arrepiente–. Seguí durmiendo, todavía nos falta para San Francisco – Luego dirigiéndose a su iPhone, ordena en inglés– Hey Siri, call 911.

El grito del animal va quedando atrás como el desierto.

Fernanda Cooperstein, nace en Parque Patricios, Buenos Aires, 1969. A los cinco años se muda a Boedo donde vivirá por casi treinta años. Estudia primaria y secundaria en San Vicente de Paul. Se recibe de Diseño Textil en la UBA. Trabaja unos años como diseñadora, y en 2001 emigra a Nueva York. Allí se casa y después de cinco años se muda a San Francisco. En esta ciudad estudia Educación Temprana y trabaja con niños. Realiza talleres literarios desde los '80 en Buenos Aires y California. También participa en cursos virtuales con sede en España. Desde el comienzo de la pandemia es parte de los talleres Heterónimos. Planea retirarse en el desierto de Mojave.